



Institución
Universitaria
Reacreditada en Alta Calidad



CRÓNICAS GANADORAS DEL PREMIO SIMÓN BOLÍVAR

DESDE LA BI BLIO TECA

ISSN-p 0123-8094 / ISSN-e 2346-3104 Año 2026

Número 65

Desde la **biblioteca**

CRÓNICAS GANADORAS DEL PREMIO SIMÓN BOLÍVAR

Juan Arredondo
Catalina Oquendo B.
Edison Henao
Paola Villamarín
Santiago Wills Pedraza

Desde la Biblioteca n.º 65 / Institución Universitaria ITM. Dirección de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación. (2026). -- Medellín: Institución Universitaria ITM, 2026.

88 p. : il.

ISSN p: 0123-8094

ISSN-e: 2346-3104

1. Arredondo, Juan; Oquendo, Catalina; Henao, Edison; Villamarín, Paola; Wills, Santiago 2. Crónicas ganadoras del premio Simón Bolívar. Institución Universitaria ITM.

Dirección de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación.

Catalogación en la publicación – Biblioteca ITM

RECTOR

Alejandro Villa Gómez

©Sello Editorial ITM

Teléfono: 604 440 51 00 ext. 5197

DIRECTOR EDITORIAL

Mauricio Vanegas Gil

<http://catalogo.itm.edu.co>

editorialitm@itm.edu.co

PROFESIONAL UNIVERSITARIO

Clara María Mejía Zea

Divegráficas S.A.S

Carrera 50 n.º 35-62

CORRECCIÓN DE TEXTOS

Arbey Salazar Blandón

Martha Cecilia Caballero Jerez

Teléfonos: (604) 3225096 |

3117336021

divegraficas@gmail.com

Medellín, Colombia

DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO

Manuela Escobar Ortiz

Impreso en Colombia – Printed in

Colombia

SOLICITUD DE CANJE

Biblioteca ITM

Calle 75 n.º 75-101

Medellín, Colombia

<https://www.itm.edu.co/biblioteca/>

Teléfono: 604 440 5100 Ext. 5164

INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA ITM | vigilada Mineducación.

Reconocimiento de carácter académico: Resolución 6190 del 21 de diciembre de 2005, Mineducación. Reconocimiento de personería jurídica: Decreto 180 del 25 de febrero de 1992, Minjusticia. Renovación acreditación institucional de alta calidad, 8 años: Resolución 013595 del 24 de julio de 2020, Mineducación.

DESDE LA BIBLIOTECA vincula la ciencia, la tecnología y el arte para promover la cultura científica, tecnológica y artística mediante la selección y divulgación de textos fundamentales.



Contenido

PRESENTACIÓN.....	5
PREMIO SIMÓN BOLÍVAR 2025.....	8
<i>Juan Arredondo</i>	
Las blancas manos no se quiebran	
PREMIO SIMÓN BOLÍVAR 2024	24
<i>Catalina Oquendo B.</i>	
Vuelo 79, el escuadrón de la muerte de Dabeiba	
PREMIO SIMÓN BOLÍVAR 2023.....	36
<i>Edison Henao</i>	
¿De dónde vienen los embera que piden limosna y son explotados en Medellín?	
PREMIO SIMÓN BOLÍVAR 2022.....	52
<i>Paola Villamarín</i>	
La maestra que encontró la tierra prometida en los Montes de María	
PREMIO SIMÓN BOLÍVAR 2016.....	66
<i>Santiago Wills Pedraza</i>	
El barquero y los escombros	

Desde la —
biblioteca

Presentación

El periodismo narrativo es un ocio modesto, hecho por seres lo suficientemente humildes como para saber que nunca podrán entender el mundo, lo suficientemente tozudos como para insistir en sus intentos y lo suficientemente soberbios como para creer que esos intentos les interesarán a todos.

LEILA GUERREIRO, PERIODISTA Y ESCRITORA.

En un periodismo en crisis, marcado por la competencia de los clics y de los *likes*, los invitamos a leer estas cinco crónicas ganadoras del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar que la revista *Desde la Biblioteca*, producida por el ITM, quiso publicar como un reconocimiento a esos cronistas del país, por lo general anónimos, que se juegan la vida por contar una buena historia, y al Premio Simón Bolívar que está cumpliendo 50 años.

El 24 de julio de 1975, en el 102 aniversario del natalicio del libertador Simón Bolívar, se anunció oficialmente la creación de este galardón. Un año antes, José Alejandro Cortés, en ese entonces presidente del Grupo Bolívar, había propuesto crear un premio inspirado en el Pulitzer y la junta directiva aprobó la idea. «Sin la libertad, la prensa es una ficción», afirmó Cortés en la primera ceremonia que tuvo lugar en 1976. Desde entonces, este premio se ha convertido en un importante espaldarazo para el periodismo colombiano tan golpeado por la inmediatez de las redes sociales y el afán por satisfacer a la audiencia.

Como bien lo aseguró la periodista Yolanda Ruiz, reconocida con el Premio Vida y Obra 2025:

«El periodismo es un ejercicio de resistencia pacífica. Nuestro trabajo no es complacer auditorios ni ganar aplausos; con frecuencia, la resistencia consiste en ofrecer a la sociedad lo que necesita saber y no lo que quiere saber. Por eso es tan peligroso cuando, para un periodista, se convierte en prioritario el buscar el “me gusta”, el clic y no buscar la verdad.»

En búsqueda de esa verdad, abrimos la edición 65 de la revista *Desde la Biblioteca* con la crónica, «Las blancas manos no se quiebran», que ganó el Simón Bolívar 2025 e inspiró el corto documental *Armed Only with a Camera: The Life and Death of Brent Renaud*, nominado a los premios Óscar 2026. El fotoperiodista Juan Arredondo se adentra en las entrañas de la guerra de Ucrania, recorre las calles de una ciudad en ruinas, esquivando misiles, hasta ver morir a su amigo.

De la guerra en Ucrania *viajamos* a la crónica de Catalina Oquendo que nos sube en el «Vuelo 79, el escuadrón de la muerte en Dabeiba», para contarnos la historia de un batallón del ejército que se especializaba en reclutar, asesinar y encubrir las ejecuciones de civiles sepultados como *n.n.* en el Urabá antioqueño. Su relato, con el que ganó el premio a mejor crónica en 2025, muestra el duelo que viven muchas familias colombianas.

En la tercera crónica, publicada en *El Colombiano* en 2023, el periodista Edison Henao se pregunta «¿De dónde vienen los embera que piden limosna en Medellín?», un tema que hace parte de la agenda actual. Edison hace un retrato periodístico de cómo estos indígenas colonizan la ciudad de la eterna primavera, mientras algunos claman para que retornen a sus tierras.

Hablando de tierras, Paola Villamarín, ganadora del Simón Bolívar 2022, cuenta la historia de una maestra de primaria, Luz Nellis Camacho, quien encontró la tierra prometida en los Montes de María. Mientras muchos huían de la violencia, ella decidió quedarse y fundar un colegio con el convencimiento de que la educación es un gran motor del cambio social. Su valentía le dio esperanza a una comunidad asediada por el conflicto armado colombiano.

Por último, en la crónica «El barquero y los escombros», galardonada en 2016, Santiago Wills se centra en la vida de John Fredy Ramírez, un antropólogo forense que trabaja en la recuperación de los cadáveres arrojados a La Escombrera, un botadero de desechos y materiales de construcción en la Comuna 13 de Medellín, donde, según versiones de los paramilitares, hay entre 150 y 300 cuerpos enterrados, por eso la llaman *la fosa común urbana más grande del mundo*.

Estas cinco crónicas son una pequeña muestra de que el periodismo es un servicio social, un valor de la democracia y el espejo de una sociedad; y como espejo, nos desafía a mirarnos y autoevaluarnos; y por eso, y mucho más, recomendamos leerlas.

Editorial ITM



Premio Simón Bolívar 2025

Juan Arredondo*

Publicada en Gaceta

28 de enero de 2025

*Cineasta y fotógrafo colombo-estadounidense conocido por documentar los derechos humanos y los conflictos sociales en América Latina y Ucrania. Ha colaborado con *The New York Times* y *National Geographic*, y ha recibido premios como World Press Photo, POYi y Peabody.

Las blancas manos no se quiebran

Dos periodistas entran a Ucrania buscando documentar el éxodo generado por la invasión rusa. Poco a poco avanzan hasta la capital, Kiev, donde se encuentran de frente con la guerra. Una relectura sobre la pérdida y los archivos de esos días cuando la guerra todavía era insólita.



18 de marzo de 2023. Las ruinas del Liceo #25 en Zhytomyr, destruido por un misil ruso el 8 de marzo de 2022.
Foto de Juan Arredondo.

Irpin

El jueves 24 de febrero de 2022, el mundo despertó con la noticia de que Rusia había invadido Ucrania. Aviones rusos bombardearon simultáneamente la capital, Kiev, y la región de Donetsk, que meses después sería anexada a Rusia. En la primera semana del conflicto, el número de desplazados y refugiados alcanzó la cifra de un millón y medio de personas. El 4 de marzo, cuando cruzamos a territorio ucraniano, era el doble. La frontera con Polonia colapsó por el éxodo masivo. Con nuestros pasaportes sellados, cruzamos hacia un lugar caótico y sombrío. Cientos de personas —mujeres con niños, mascotas y sus pocas pertenencias— hacían parte de uno de los desplazamientos más rápidos y masivos del siglo XXI. Sería el último viaje que haría con Brent.

Uno pensaría que entrar a un país en guerra es imposible y que salir, en cambio, es algo rápido y eficiente. Para nosotros fue al contrario. Cuando hicimos la fila para cruzar el control migratorio en Medyka, Polonia, en la frontera con Ucrania, a mi compañero Brent Renaud y a mí apenas nos revisaron las maletas. Solo nos preguntaron si llevábamos armamento o si nuestra intención era combatir a los rusos.

A finales de noviembre de 2021, Brent, su hermano Craig y yo trabajábamos en una serie documental para Time Studios en Estados Unidos, con Leonardo DiCaprio, Angelina Jolie y Trevor Noah como productores. La serie, titulada *The Tipping Point*, mostraba cómo el aumento de desplazados internos y refugiados, junto con una xenofobia creciente, había generado una crisis global. Conocí a Brent cuando éramos becarios en la Universidad de Harvard. Tímido y reservado, compartíamos una pasión profunda por la fotografía, los documentales, la arquitectura y el diseño. Nuestra amistad fue cada vez más estrecha mientras colaborábamos en diversos proyectos que nos llevaron por Estados Unidos documentando a las comunidades más afectadas durante la pandemia; conduciendo hasta quedar a metros del ojo del huracán Laura y a documentar los estragos que dejó en su paso por Luisiana, Misisipi y Arkansas, y cuando estuvimos a punto de ser secuestrados por un grupo armado

en la frontera colombo-venezolana mientras registrábamos el éxodo masivo de venezolanos.

Cuando recibí la llamada para este proyecto en Ucrania, no dudé en preguntarle a Brent qué debía empacar y qué visas necesitaríamos. Empezamos visitando varios campos de refugiados en el norte de Grecia, donde pudimos seguir a un grupo de Irak, Siria, Sudán del Sur y Etiopía mientras intentaban cruzar ilegalmente a Albania escondidos en trenes de carga. Documentamos algo similar en el río Suchiate, entre Tecún Umán, Guatemala, y Ciudad Hidalgo, México. Allí, grupos de inmigrantes latinoamericanos —principalmente guatemaltecos, hondureños y venezolanos— avanzaban hacia el norte evadiendo puestos de control en las carreteras interestatales. Una vez en territorio mexicano, estos inmigrantes organizaron una gran caravana para intentar llegar a Estados Unidos. Sin embargo, la mayoría de los que conocimos acabaron dispersos por México, albergados en refugios y con escasos recursos económicos para continuar su viaje.

En Ucrania, la fila de personas se extendía y serpenteaba por la carretera hasta perderse en el paisaje frío y amarillo de los campos de trigo. Al frente, un grupo de mujeres se reunían alrededor de un fogón improvisado, esperando su turno para recibir una porción de sopa instantánea y combatir el frío del invierno. Los autobuses con refugiados apenas encontraban espacio para estacionar. En el ambiente sombrío se escuchaban los gritos secos de los soldados ucranianos que intentaban coordinar el flujo de personas entre el bullicio de maletas, niños jugando y un ruido interminable de automóviles.

En una carpa improvisada, los voluntarios atendían a quienes llegaban con problemas de salud, la mayoría mujeres mayores. En su apuro por escapar de los bombardeos, habían olvidado llevar consigo medicamentos esenciales para la hipertensión o la diabetes. Nuestra traductora, Irena Skowera, nos ayudó a hablar con algunas de esas mujeres en la carpa. Todas decían lo mismo: «Tuvimos que dejar atrás a nuestros esposos, hijos, padres y hermanos».

El recorrido nos llevó a Lviv, la ciudad ucraniana más cercana de la frontera. Allí la guerra se sentía como una sombra que se

expandía con rapidez. Una de las cosas más desconcertantes de estar en un país que apenas entra en un conflicto es tratar de comprender quién está realmente al mando: ¿los militares?, ¿los civiles? La línea de autoridad parecía difusa y las preguntas se acumulaban: ¿dónde están los puntos de primeros auxilios? ¿Qué zonas son las más peligrosas? ¿Dónde se producen los ataques?

Las alarmas de bombardeos aéreos interrumpían constantemente el día, intensificando el caos. El toque de queda limitaba la movilidad y muchos comercios empezaban a quedar sin suministros. Nos adaptamos constantemente, siguiendo las indicaciones cambiantes de las autoridades locales y las circunstancias sobre el terreno.

Comenzamos nuestra labor ubicando los centros de atención a refugiados, dispersos por toda la ciudad en espacios improvisados, cafés, el teatro municipal, la alcaldía, restaurantes y hoteles. Estos lugares se transformaron en refugios temporales, donde los desplazados encontraban comida caliente, ropa y algo de alivio. A medida que visitábamos estos puntos, comenzamos a entender la dinámica del éxodo masivo.

La mayoría de los refugiados buscaban dirigirse hacia el oeste, impulsados por el anuncio de la Unión Europea de otorgar asilo por tres años. Esto generó un cuello de botella en esa dirección con trenes, autobuses y carreteras congestionadas de personas desesperadas por cruzar. En contraste, pocos buscaban asilo en Bulgaria o Rumanía, países que, aunque cercanos, eran percibidos como aliados de Rusia.

Durante los primeros días recorrimos Lviv y visitamos la estación central de trenes. Las plataformas estaban abarrotadas por familias con maletas improvisadas, niños aferrados a sus padres esperando el turno para abordar los trenes hacia el oeste. La infraestructura ferroviaria de Ucrania, construida durante la era soviética, tenía un ancho de vía distinto al del sistema europeo. Este detalle técnico, insignificante en tiempos de paz, complicó la evacuación rápida de refugiados y heridos.

Emprendimos nuestro viaje en contravía a la ruta de evacuación. Fuimos de Lviv a Ternopil, Khmelnytskyi y Zhytomyr y, a

medida que avanzábamos, el paisaje revelaba las cicatrices de la guerra. Las incursiones y la destrucción de los misiles rusos eran evidentes: instalaciones militares arrasadas, refinerías reducidas a escombros, complejos residenciales destrozados sin distinción.

En Zhytomyr, camino a Kiev, un misil ruso dirigido a una planta hidroeléctrica terminó destruyendo una casa habitada por una pareja de ancianos que, milagrosamente, sobrevivieron. Esa tarde, Brent, Irena, Sasha, nuestro conductor, y yo pasamos el rato con ellos mientras recogían las cosas que rescataron de los escombros: fragmentos de vajilla, un par de fotografías, un reloj antiguo. Mientras trabajaban en silencio, nos contaron que habían vivido en esa casa por más de cincuenta años, viendo pasar generaciones y épocas de tranquilidad que ahora parecían irreales.

La capital ucraniana se alza sobre una pequeña montaña que desciende hacia el río Dniéper, ofreciendo una vista formidable de la ciudad. Es imposible ignorar la imponente estatua de titanio de sesenta y dos metros de altura conocida como la *Madre Ucrania*, símbolo representativo de Kiev. El trayecto hacia la ciudad, que normalmente tomaría alrededor de una hora, nos tomó casi ocho debido a las largas filas de vehículos intentando entrar o salir de la capital. Sasha, nuestro conductor, nos explicó que este tiempo de espera era común por el caos de la evacuación masiva y la creciente militarización.

A medida que avanzábamos era evidente que la ciudad estaba adaptándose al asedio. Las calles principales estaban salpicadas de barricadas improvisadas hechas con sacos de arena y neumáticos, mientras que los edificios públicos y las viviendas privadas se fortificaban con tabloneros y láminas de metal. Los retenes militares parecían interminables. Perdí la cuenta de cuántos cruzamos, cada uno con soldados que revisaban cuidadosamente el permiso oficial que portábamos, emitido por el Ministerio de Defensa, que nos acreditaba para transitar en zonas naranjas y rojas. Las zonas naranjas estaban controladas por tropas ucranianas, mientras que las zonas rojas estaban ocupadas por las tropas rusas.

En la segunda semana del conflicto, Kiev se había transformado en un punto neurálgico para miles de refugiados que huían del

norte y del este de Ucrania. Las tropas rusas cercaban la capital en un intento desesperado por tomar el control y, tal vez, precipitar el fin de la guerra, pero las fuerzas ucranianas repelieron los ataques pese al bombardeo ruso. El nuevo foco de combate estaba a veintiséis kilómetros al norte de Kiev, en las ciudades de Irpin y Bucha, donde se concentraba una nueva ola de desplazados que se movilizaban hacia la capital en busca de protección.

El domingo 13 de marzo decidimos viajar a Irpin y Bucha con el propósito de documentar una nueva ola de desplazamiento. Queríamos acompañar a las familias en su recorrido: desde Irpin hasta la frontera con Polonia hay casi seiscientos kilómetros de distancia. Las revisiones se hacían cada vez más exhaustivas a medida que avanzábamos. En el último puesto nos exigieron usar chalecos antibalas y que el vehículo llevara insignias de prensa.

El puente de ingreso a Irpin, un punto estratégico para detener el avance ruso, había sido demolido por las fuerzas ucranianas. Aquella estructura, que antes conectaba a la ciudad con el resto de la región, era un amasijo de concreto roto y varillas retorcidas que colgaban sobre el río Irpin. El único acceso posible era a pie. Dejamos a Sasha en el auto con nuestras provisiones, y Brent y yo cruzamos a través de lo que quedaba del puente destruido. En la orilla opuesta, soldados ucranianos ayudaban a familias, ancianos y heridos a atravesar con lo poco que lograron llevar consigo.

El paisaje en Irpin era desolador. Bloques de edificios residenciales habían sido reducidos a escombros y las calles estaban cubiertas de restos de autos calcinados, muebles y pertenencias personales. En la distancia se escuchaban los ecos de los bombardeos rusos y, segundos después, la respuesta de la artillería ucraniana, el ruido blanco de la cotidianidad de la guerra.

En Soborna Street, una de las arterias principales de Irpin, el ambiente de abandono era evidente. Puertas abiertas, ventanas rotas, juguetes y ropa abandonados eran el testimonio de la prisa con la que huyeron las familias. Los perros, muchos perros, eran los únicos habitantes visibles. Algunos vagaban en busca de comida; otros permanecían inmóviles bajo los quicios de las puertas, como si esperaran el regreso de sus dueños.

Los primeros cuarenta y cinco minutos caminamos por las calles desiertas de Irpin sin cruzarnos con nadie. De pronto, una caravana de seis autos apareció en la distancia avanzando lentamente. Estaban abarrotados de familias que huían, con improvisadas banderas blancas hechas de sábanas y camisetas amarradas a los espejos retrovisores. En algunos de los vehículos se podía leer «Aet» [niños, en ruso], escrito con pintura o marcador.

Minutos después, un coche Lada destartado se detuvo junto a nosotros. Al volante, un hombre robusto, de barba canosa y ojos azules penetrantes, bajó la ventana y nos saludó en un inglés tosco. Se presentó como Vladimir y nos preguntó adónde íbamos. Brent respondió que queríamos encontrar el lugar donde las familias de la caravana estaban siendo evacuadas. Vladimir asintió y señaló hacia los límites entre Irpin y Bucha, unos nueve kilómetros más adelante. Sin dudarlo, ofreció llevarnos. Brent y yo intercambiamos una mirada. Era peligroso, pero no teníamos otra opción si queríamos regresar antes de que anocheciera. Corrí el asiento y me acomodé en la parte trasera; Brent se sentó en el puesto del copiloto. Esa decisión, quién se sentó dónde, me atormenta hasta el día de hoy.

Vladimir conducía rápido, pasándose altos y esquivando obstáculos, incluidas las barricadas, en calles completamente desoladas. Redujo la velocidad para mostrarnos un complejo de apartamentos bombardeado por misiles rusos, que luego adornaría Banksy, el artista del grafiti, con una bailarina. Al parecer, el objetivo había sido un hospital militar cercano, pero el bombardeo indiscriminado ya había destruido más del 60 % de Irpin.

De pronto, a mi izquierda, vi un movimiento rápido y confuso, un hombre en uniforme camuflado apuntaba con un AK-47 desde una trinchera improvisada. Solo recuerdo cuando grité que nos iban a disparar mientras me tiraba al suelo. Escuché una ráfaga de disparos. Vladimir aceleró y giró bruscamente en U. Luché por mantenerme en mi posición y, en medio de la confusión, solo pude gritar: «Go! Go!».

Todo se reprodujo en cámara lenta: los vidrios rotos golpeando mi casco y mi cara, el sonido de las balas perforando el

vehículo. Estaba seguro de que moriría allí, con el rostro contra una maleta en la parte trasera del auto. Pensé en mi madre y en el dolor que le causaría la noticia de mi muerte. Deseaba que fuera rápida y me resigné, como si entregarme fuera la única forma de evitar el sufrimiento. Transcurridos unos segundos, sentí un golpe seco en el glúteo izquierdo. El dolor era tan profundo que se sintió como si me hubiera quemado desde adentro. Grité: «I'm hit!», pero nadie respondió.

Finalmente, el coche, averiado por los impactos, se detuvo.

Levanté la cabeza y vi a Brent, recostado en el hombro de Vladimir, con una herida que atravesaba su cuello y su oreja. La sangre manaba por su cuello y se escurría por el chaleco. Intenté detener el sangrado presionando con mis dedos, pero Brent ya estaba inconsciente. Vladimir salió del coche y yo forcejeé con el asiento hasta salir. Cargamos el cuerpo inerte de Brent y lo colocamos en el pavimento frío de la calle Vulytsya Severynivs'ka. Me sentí desfallecer. El proyectil había atravesado la cajuela del auto y la herida en mi glúteo era tan grande que podía meter mi puño en ella. Intenté en vano detener el sangrado, hasta que escuché a Vladimir gritarle a un coche que se acercaba, pidiéndole que parara.

Mnie boli

La confusión fue abrumadora. Mi mente intentaba huir del dolor y el miedo. El frío me envolvió. Me repetí una y otra vez que no podía morir, que tenía que seguir, ayudar a Brent. Salí del carro, di unos pasos y sentí el golpe seco de mi cara en la tierra húmeda.

Desperté en una ambulancia, con rescatistas tratando de detener la hemorragia. Recuerdo unas manos cálidas acariciando mi rostro y una voz tranquila que me aseguraba que todo estaría bien. Me trasladaron a un hospital infantil donde relaté lo ocurrido. Fui al quirófano para una cirugía de emergencia.

Cuando desperté de la anestesia, a mi lado estaba el doctor Dan Schnorr, un estadounidense de mirada amable y figura musculosa,

que más bien parecía el soldado de una película. Me dijo que hacía parte de un grupo de Médicos Sin Fronteras (MSF), cuya misión era capacitar a los médicos del hospital infantil Okhmatdyt en operaciones de traumas de guerra. Por suerte, el cirujano Martial Ledecq, un experto belga en heridas de guerra fue quien me operó y, de paso, aprovechó la intervención para capacitar a varios médicos ucranianos.

Dan sostenía mi mano con suavidad reconfortante. Con la otra, describía el recorrido de la bala que había atravesado mi glúteo izquierdo, perforado la cavidad rectal y esquivado arterias, vértebras y órganos antes de detenerse en el muslo derecho. Su mirada lo decía todo: me había salvado de milagro. Después de dos cirugías y una colostomía, lograron estabilizarme.

Durante dos noches dormí en el búnker del sótano del hospital junto a otros pacientes. Despertaba aletargado por la morfina entre sollozos de niños asustados por las sirenas antiaéreas, el lamento de un soldado ucraniano por su pierna amputada y el sonido constante de los monitores médicos. Suelo mantener a mi círculo cercano informado sobre mis viajes. Días antes de la emboscada, me había comunicado con uno de mis mejores amigos, Mauricio, contándole de mi experiencia en Ucrania. Cuando logré contactarlo para informarle sobre mi estado y sobre la muerte de Brent, lo primero que sentí fue un profundo alivio al saber que, al menos él, sabía que estaba vivo. La noticia de la muerte de Brent, el primer reportero estadounidense asesinado en Ucrania por tropas rusas, se propagó por los medios.

La mañana del 15 de marzo, dos días después, desperté con la noticia de que Dan y su equipo serían evacuados de Kiev. Informes de inteligencia advertían sobre un bombardeo inminente al centro de la capital y al hospital. Dan me informó que él y su equipo serían evacuados de inmediato. Me preguntó si quería unirme a ellos. Hasta ese momento no había pensado en cómo regresaría a casa ni en la logística de ese viaje. No lo pensé dos veces y acepté. Solo pedí que no dejáramos atrás mis cámaras.

Me transportaron en una camilla y luego en una ambulancia hasta la estación central de tren. Dan, Martial y Anja Wolz, la

directora de la misión de MSF en Ucrania, improvisaron una sala de atención en el suelo del vagón, donde me acomodaron, me conectaron al suero y me administraron medicamentos. Cuando pude observar a mi alrededor, me di cuenta de que la mayoría de los pasajeros eran mujeres. Muchas lloraban, con sus manos y caras presionadas contra las ventanas, despidiéndose de maridos y hermanos: los hombres que dejaban atrás.

El abordaje del tren tomó varias horas. Cuando finalmente partimos hacia Lviv, le pregunté a Anja, sentada a mi lado, cuánto duraría el trayecto. Preguntó en voz alta y una joven se levantó y, en un inglés perfecto, me explicó que el viaje tomaría unas doce horas. Ella le preguntó a Anja quién era yo y qué me había ocurrido. Después de la explicación, la joven tradujo para el resto del vagón que yo era uno de los dos periodistas estadounidenses atacados por tropas rusas. De manera ordenada, los pasajeros se acercaron a agradecer por el interés en la tragedia del pueblo ucraniano. Otros lamentaron la muerte de mi amigo. Desde el fondo del vagón, una mujer comenzó a cantar en ucraniano y, en una armonía conmovedora, todos se unieron y llenaron el vagón con sus voces:

Cabalgó un cosaco más allá del Danubio
Dijo: «Muchacha, ¡adiós!»
Tú, caballo negro
Llévame y camina
¡Espera, espera, cosaco!
Tu chica está llorando
Cómo me puedes abandonar
¡Solo piénsalo!
Las blancas manos no se quiebran
Los ojos cafés no se cierran
Yo soy de la guerra, con Gloria,
Cosaco, ¡espérate!
Oh, ¡yo no te olvidaré
mientras viva en el mundo!
Tú a la guerra habrás llegado
¡No me olvides!



Supe que la canción era «Un cosaco cabalgó más allá del Danubio», una pieza folclórica ucraniana. Era la escena que Brent y yo habíamos escuchado describir una y otra vez en nuestro recorrido por Ucrania. Fue profundamente conmovedor. Comprendí que ya no era solo el documentalista detrás de la cámara, era una víctima más de esa guerra, uno más en la fila de los evacuados de Ucrania. El recuerdo más vívido de mi evacuación a medida que el tren avanzaba y veía las luces distantes de las ciudades que dejábamos atrás.

Doce horas después desembarcamos en Lviv. Fui trasladado al hospital comunitario. Los médicos eran ucranianos y, aunque me sentía agradecido por su dedicación, la barrera del idioma se convirtió en otra fuente de angustia. El dolor de las heridas, la fatiga por el viaje y la incertidumbre del futuro pesaban más que cualquier otra cosa. A pesar de mis intentos por comunicarme, las palabras parecían escaparse.

Las condiciones en el hospital eran rudimentarias. Las paredes de color azul pálido, las luces tenues y la falta de modernidad contrastaban con la eficiencia de las instalaciones de Kiev. Parecía que el hospital hubiera quedado atrapado en una era anterior, cuando la medicina en Ucrania aún era soviética.

La primera noche fue la más difícil. Los sedantes perdieron su efecto y el dolor era agonizante. Desesperado, busqué algún timbre o botón para llamar a una enfermera, pero no había nada. Quería algo para el dolor y pensé que quizás alguien pasaría en su ronda. Después de media hora sin señales de ayuda, comencé a gritar: «Help! Help! Someone, I'm in pain!».

Intenté traducir esas palabras con mi celular, pero pronto comprendí lo inútil que sería gritar en un ucraniano mal pronunciado. Después de varios intentos, un hombre entró en mi habitación. Vestía una pijama raída, su cuerpo era esquelético, tenía laceraciones en el rostro y un brazo inmovilizado en un cabestrillo, probablemente heridas de una explosión. Le pedí ayuda en inglés. Me miró con una expresión ausente y, sin decir palabra, salió de la habitación. Minutos después, una enfermera llegó con una inyección de morfina. El alivio fue inmediato, aunque momentáneo.

Tras dos cirugías, los médicos me dijeron que sería evacuado y remitido a un hospital en Polonia. El diagnóstico no era alentador: debido a la falta de antibióticos y a la escasez de sangre para una transfusión, estaba desarrollando septicemia. Me explicaron que, sin tratamiento adecuado, podría derivar en un choque séptico y causar insuficiencia orgánica o, incluso, la muerte. A pesar del pronóstico, la decisión de ser evacuado a Polonia era una posibilidad de esperanza.

El día de mi traslado a Polonia coincidió con la llegada de Craig, quien había viajado desde Estados Unidos para reclamar el cuerpo de su hermano Brent. Cuando vino a verme al hospital, nos miramos en silencio un instante antes de abrazarnos. Entre lágrimas, le pedí mil disculpas por no haber podido salvar a su hermano. «Lo siento tanto, Craig», le repetía, incapaz de contener el dolor y la culpa. Con manos temblorosas, le mostré mis dedos, aún manchados con rastros de sangre seca, un testimonio de mis intentos desesperados por detener el sangrado de Brent. Nos abrazamos de nuevo y lloramos juntos. Compartíamos el peso de una pérdida que ninguno podía comprender del todo.

Catorce días después de haber cruzado la frontera entre Polonia y Ucrania, volvía en una ambulancia, acostado en una camilla y sin mi amigo. Recordaba aquel momento antes del ataque, cuando nos subimos al carro de Vladimir, y me preguntaba si Brent y yo hubiéramos intercambiado lugares quizás él estaría vivo. Reflexionaba, en mi dolor, que tal vez hubiera preferido que así fuera. Me atormentaba la culpa de haberlo dejado tendido en el frío pavimento de la calle Vulytsya Severynivs'ka.

La culpa del sobreviviente me abrumaba mientras las lágrimas caían al ver, a través de la ventana de la ambulancia, los techos de la ciudad, sus calles vacías y militarizadas. Grabé mis impresiones en notas de voz y videos, algo que Brent me había enseñado, que era mi único vínculo con él. Dos años después de su muerte, los archivos de esos días han sido mi guía para escribir esta crónica.

En uno de esos videos capturé la interminable fila de refugiados que se extendía a lo largo de la frontera, esperando cruzarla.

Desde la ambulancia, con la sirena abriéndose paso entre la multitud de buses y carros, me sentí culpable. Era un extranjero privilegiado que podía saltarse la fila mientras cientos de personas esperaban, en el frío de marzo, para huir de la guerra.

Los días en el hospital de Polonia fueron eternos. Ni las visitas ni las entrevistas lograban disipar el aislamiento que me envolvía. Las noches eran tediosas. Mientras esperaba el efecto de los sedantes pasaba de un canal a otro en la televisión polaca, sin entender nada. Siempre terminaba en un canal de música de los ochenta, dejando que las melodías me arrullaran hasta caer en un sueño inquieto. Lo único que logré aprender en polaco de los días que pasé allí fueron las palabras *mnie boli*: mucho dolor.

El regreso fue una mezcla caótica de emociones: una especie de aventura teñida de alegría, confusión y una tristeza punzante. La travesía comenzó con una evacuación en un avión privado, acompañado por dos enfermeros y por Mauricio. El tamaño del avión nos obligó a hacer una escala en Islandia para reabastecer combustible antes de cruzar el Atlántico y aterrizar en suelo norteamericano. Allí nos esperaban agentes del FBI para interrogar a Mauricio, mientras yo, aún sedado y balbuceando incoherencias, intentaba responder sin mucho éxito.

Casa

Al día siguiente la realidad me golpeó con toda su fuerza: el funeral de Brent. Su familia, con una generosidad que me desarmó, decidió transmitir la ceremonia en vivo para que pudiera acompañarlos desde la distancia. Ver su ataúd a través de la pantalla, desde una cama en la que apenas podía moverme, fue devastador. La impotencia me aplastaba, yo estaba aquí, vivo, y él no.

Fue el inicio de mi recuperación física y emocional, seguida por meses interminables de visitas médicas, noches de insomnio y pequeñas victorias que poco a poco me devolvieron algo de esperanza. Las primeras caminatas, siempre con la ayuda de Mauricio, comenzaron en el apartamento. Pasos torpes que parecían imposibles. Recuerdo el día que logramos completar una vuelta a la manzana. Celebramos como si hubiera terminado un maratón.

Con el tiempo logré procesar y entender. Nuestro trabajo a veces cobra vidas de manera injusta. En este caso, la vida de Brent. Fue la última vez que compartí con él la emoción de colaborar con el respeto y entendimiento que caracterizó nuestra amistad.

A medida que los meses pasaron, la duda me persiguió: ¿mis recuerdos eran fieles o estaban distorsionados por el trauma? El estrés postraumático se manifestó como aislamiento, introspección profunda y una necesidad de entender qué nos había ocurrido realmente. Me di cuenta de que, con el paso de los días, nos acostumbramos a cosas que no deberíamos: la guerra, la pérdida de un amigo, las agresiones constantes entre naciones.

He aceptado la muerte de mi amigo, pero busco respuestas a las preguntas sobre qué habría sucedido si aquel día hubiera sido distinto: quizás no estaría escribiendo estas líneas. Quisiera cambiarlo todo, retroceder en el tiempo, tomar su lugar, encontrarle un sentido a lo que ocurrió. Lo hago de la única manera que conozco, abordando un avión; alquilando un carro; pasando la frontera entre México y Estados Unidos; fotografiando a las personas que la cruzan y a las comunidades que habitan los pasos fronterizos; capturando sus historias, sus miradas y su lucha.

Busco respuestas en esos rostros y esos paisajes, aunque las preguntas se multipliquen. Descubro fragmentos de esperanza y humanidad que me impulsan a seguir adelante, a seguir contando estas historias, porque es lo único que puedo hacer para darles sentido.





Premio Simón Bolívar 2024

Catalina Oquendo B.*

Publicado en *Vorágine*

2 de julio de 2023

*Comunicadora y magíster en Relaciones Internacionales. Cuenta con más de trece años de experiencia en medios como *El País* y *El Tiempo*. Ha cubierto temas de conflicto armado, procesos de paz y migración, además de trabajar como *freelance* para medios internacionales.

Vuelo 79, el escuadrón de la muerte de Dabeiba

Ocho militares han confesado cómo funcionaba ese batallón del Ejército que se especializaba en reclutar, asesinar y encubrir las ejecuciones de civiles que sepultaban en Dabeiba y otros municipios de Urabá. Se ha destapado un iceberg del horror.



— **T**iene la palabra el soldado Juan David Aguirre.

El militar se levanta, toma el micrófono, pero no mira a las cámaras. Gira su cuerpo grueso y se dirige a las gradas del coliseo de Dabeiba. Se toca el cuello para encontrar las palabras. «Reconozco que ayudé a retener a la señorita María Zenaida Areiza», dice, y se acomoda la camisa blanca. «Reconozco también que ayudé a asesinar a la señorita ya mencionada».

Doralina Guisao se lleva las manos al rostro, Beatriz Bedoya se aprieta el pecho y María Guisao emite un quejido seco. Las cámaras de televisión no las muestran.

El soldado sabe quiénes son. Ellas también lo recuerdan.

Aguirre termina de hablar después de ofrecer información que ha ocultado por décadas y entrega el micrófono al soldado profesional Osvaldo Manuel Arrieta. Alto, calvo, corpulento, este habla de forma indirecta sobre el asesinato que cometió. No dice maté, dice «se dio muerte a», y menciona tres nombres que vuelven a sacudir el dolor en las gradas. El asesinato cobarde de Diofanor Guisao Río, Isidoro de Jesús Cardona y María Zenaida Areiza.

Es la primera vez que Doralina escucha a los asesinos de su hermano, a soldados del Ejército Nacional de Colombia, reconocer por fin y en una audiencia judicial que además es pública, lo que pasó ese 14 de julio de 2005 a las nueve de la noche en su casa, a orillas de la carretera del municipio de Dabeiba. Doralina se tapa los ojos como si esa voz fuera un disparo a su recuerdo, a las últimas palabras de su hermano que les suplicaba a los militares que no lo mataran, al golpe con un fusil que le pegaron a su papá cuando les rogó que no asesinaran a su muchacho, al mayor, al que les daba estudio y comida a todos los hermanos, a Diofanor, que había trabajado todo el día llevando papayas de una cañada a la carretera.

«Dónde está el hijuetantas», recuerda ella que gritaban los militares mientras encañonaban a sus padres y los niños, ella de 14, una de 9 y otro de 3, gritaban y lloraban. Todos estaban durmiendo cuando los militares tumbaron la puerta, entraron a la fuerza, los humillaron y se llevaron a Diofanor envuelto en una cobija, aporreado. Tenía 17 años.

Por un mal juego del recuerdo, a pesar de los asesinatos, estas mujeres tienen vivos los insultos, las humillaciones de esa noche. «Te callás, gran hijueputa», le gritaron los soldados a uno de los niños pequeños de Beatriz cuando fueron a secuestrar a Isidoro. «No me aporreen a mi niño», se les enfrentó ella. No le dijeron nada. «¿Usted vio cómo nos miraba ese muchacho en la audiencia? Se siente culpable», dice la mujer que decidió ir a escuchar a ocho militares reconocer ejecuciones extrajudiciales, aunque temía que le fallara el corazón. «Mejor que la mamá de María Zenaida no vino, no hubiera aguantado». María Zenaida tenía 13 años y dicen que estaba embarazada. También, que la torturaron y la violaron, cuenta Beatriz. «Le habían quitado un seno».

La identidad de estos tres campesinos habría quedado en una fosa común si María Guisao no se hubiera enfrentado a los militares que se apostaban en el cementerio Las Mercedes de Dabeiba. Cuando ella llegó, ya tenían el hueco abierto y a su hermano, Diofanor, lo iban a sepultar como guerrillero. Le dijeron vieja loca, pero insistió. «Llevaba cinco días desaparecido y lo encontré en la morgue, con botas remendadas; los soldados decían que habían tenido un enfrentamiento en un llano, pero eso no era cierto», dice María. A pesar de todo, decidió perdonarlos.

Dabeiba es un nudo de montañas filosas y ríos, enclavado sobre la carretera que conecta el centro de Colombia con el mar Caribe y con Chocó, un municipio con un cañón llamado La Llorona, eje de la guerra más cruenta contra las extintas FARC. Y es, también, el epicentro de una práctica criminal que, en un país de eufemismos como Colombia, se ha conocido como falsos positivos. En rigor, ejecuciones de civiles inocentes presentados como guerrilleros por parte de miembros del Ejército.

En 2020, la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), creada tras la firma del acuerdo de paz entre el Gobierno y las FARC cuatro años antes, recibió información de un testigo y comenzó a abrir fosas. Hasta ahora ha encontrado cuarenta y nueve cuerpos con ataduras, amarres, vendas o mordazas que indicaban signos de indefensión de las víctimas, todas civiles reportadas como muertes en combate.

Una ventana al horror, una caja de pandora que el magistrado Alejandro Ramelli piensa que es apenas el punto de partida.

Este 27 de junio, el municipio vivió un acto judicial inédito. Veinticinco militares entre oficiales, suboficiales y soldados volvieron a esa tierra a reconocer públicamente que asesinaron a esos civiles y mancharon sus nombres. Solo en el cementerio se han recuperado y entregado a sus familiares once víctimas de los batallones 26 y 79, adscritos a las Brigadas 17 y Móvil 11, respectivamente. La JEP identificó en este caso tres patrones criminales: asesinaron campesinos que ellos estigmatizaban como guerrilleros, trasladaron habitantes de calle y personas desempleadas de Medellín para matarlas en Dabeiba y desaparecieron a otros sepultándolos en el mar profundo de los no identificados.

El caso de Diofanor, Isidoro y María Zenaida lo cambió todo.

El Vuelo 79

«**T**odos los caminos conducen a Ituango», se escucha decir en la audiencia judicial durante la tarde. Allí comenzó todo, ha dicho el soldado profesional (r) Levis de Jesús Contreras Salgado. Los falsos positivos, para que no queden dudas, comenzaron de la mano de los paramilitares, enfatiza.

Fue también el inicio del Vuelo 79.

El nombre remite de forma inevitable a los vuelos de la muerte durante la última dictadura militar argentina, pero en Colombia se trató de un eufemismo de muerte. Otro más.

«No era un vuelo real, sino la manera de decir que quien se montó en este Vuelo 79, ya no iba a aparecer más. Se decía “este va para el Vuelo 79” y entendíamos que ese era su final», me explica el sargento retirado Jaime Coral mientras aprieta la mano largamente. Coral es un hombre de ojos achinados y apariencia afable que, sin embargo, ha confesado asesinatos brutales. Ha admitido, para vergüenza de su pasado campesino, asesinar a cambio de un viaje al exterior y dice estar arrepentido.

En el auto de la JEP también aparece la referencia. «Durante la comandancia del mayor David Guzmán era usual hacer uso

de la expresión “Vuelo 79” para dar orden de matar, y se afirma, sin que haya inconsistencia sobre este punto, que “Vuelo 79” era también el nombre que se le daba a un grupo especial no oficial bajo órdenes del mayor David Guzmán Ramírez para el reclutamiento y la ejecución de las víctimas creado con hombres de la compañía Brasil en Santa Rita, Ituango».

Contreras lo detalla a su manera. «Era un grupo especial encargado de generar terror, de llevar personas vulnerables. Es por el nombre del batallón, el 79 (que se creó en 2004 en Ituango), y vuelo porque era el adiós», me dice en una breve conversación en la que insiste en estar arrepentido. «Me he quitado el silencio de tantos años». Contreras, un viejo conocido de los paramilitares, era el encargado de conseguir las víctimas. «Así se engrosaba la lista de homicidios que perpetraba el 79. Sé que es muy temprano, pero espero que llegue el momento en que los familiares puedan darnos el perdón».

—¿A cuántas víctimas inocentes reclutó? —le pregunta el magistrado Ramelli.

—A Dabeiba traje siete.

—¿Y a otros lugares?

—Llevé a Apartadó, a Carepa y a Turbo.

—¿Cuántas víctimas en total?

—Más de cuarenta.

Estar desempleado es morir

El cambio del patrón de matar campesinos de Dabeiba a trasladar habitantes de calle y desempleados desde Medellín comenzó cuando la familia de Diofanor denunció y evitó que a su familiar lo sepultaran como *n. n.*

Los militares ahora hablan en la Terminal de Transportes del Norte de Medellín, donde los integrantes del Batallón 79 y otros como el 26 Arhuacos y la Brigada Móvil 11 comenzaron ese segundo patrón criminal, el de reclutar a habitantes de calle y a personas desempleadas con falsas promesas de trabajo. El primero fue Jhon Jarvy Cano Cañas, se escucha en el auditorio durante la audiencia.

Amparo Cano está sentada en la primera fila de las víctimas, en frente del sargento viceprimero retirado Fidel Ochoa. Lleva en su pecho la imagen de un muchacho alto, acuerpado, de cejas gruesas casi juntas, vestido de soldado, a su hijo Jhon Jarvy Cano.

Y escucha en silencio con la boca apretada. Tiene las manos heladas.

Quizá está recordando cuando lo parió en su casa de La Sierra, un corregimiento de Puerto Nare, y trajo a la vida a ese muchacho grandote y que comía tanto. O tal vez vienen a su memoria las humillaciones que sufrió buscándolo, de un cementerio a otro, intentando recuperar su cuerpo, aún sin éxito. Al final, me dice que ha sido duro, pero se siente aliviada. Los militares han dicho que el cuerpo fue sepultado en el cementerio de Carepa, en Urabá. «Si Dios quiere, este año tengo los restos de mi muchacho».

Ella quería detalles, entender por qué lo eligieron a él. Coral le ha contado que a Jhon Jarvy lo encontraron dormido, con un maletín al lado, en el segundo piso de la Terminal de Transportes, que le ofrecieron unas monedas para una llamada, comida y un trabajo falso. Que el muchacho aceptó, y llegando a Dabeiba lo asesinaron, le quitaron los documentos y los quemaron. Lo dejaron sin identidad.

El llamado escuadrón de la muerte repitió ese método con habitantes de calle que creían que nadie extrañaría. La desaparición en Colombia es tan brutal —se cifra en 120.000 personas— que un grupo de madres buscadoras ha decidido adoptar a esos desaparecidos y apersonarse de la búsqueda de aquellos que la sociedad colombiana llama gamines o desechables.

El ocultamiento

El sargento segundo (r) William Capera llevaba años soñando con muertos. En la pesadilla recurrente, mientras estaba detenido en una guarnición militar los muertos que él conocía, los que sembraban el cementerio de Las Mercedes, se levantaban y lo acechaban.

Y decidió hablar.

«Pienso que eran las voces de ellos, que se encontraban en un limbo, que me empujaron a hacerlo. Pedían que les diera sepultura», dice en un receso de la audiencia, mientras se prepara para hablar ante las víctimas.

Capera estaba siendo investigado en un caso de ejecuciones extrajudiciales en Huila, en el sur de Colombia, cuando soltó la información sobre el horror que se ocultaba en Dabeiba, a casi 700 kilómetros de distancia, donde él había estado asignado en el Batallón 79. A los magistrados les costó creer tal barbarie.

El sargento estaba decidido a mostrar dónde habían sido enterradas decenas de personas y fue llevado hasta el camposanto. Con memoria nítida señaló la ubicación de los cuerpos. La sorpresa, sin embargo, es que el cementerio había sido intervenido en 2019, supuestamente, por otros militares que se ofrecieron a embellecerlo.

Capera, más que nadie, sabía de las estrategias de ocultamiento. Era él quien verificaba que las botas de las víctimas no estuvieran al revés, que la ropa coincidiera con la trayectoria de los proyectiles. Quien se cercioraba de que las huellas de las víctimas hubieran estado en las armas. Lo habían preparado como forense y estaba haciendo un curso de policía judicial. «Yo accioné el disparador contra dos personas, pero mi trabajo era que no hubiera fallas», dice ahora. Durante un acto simbólico en el cementerio él permaneció resguardado detrás de una columna, casi escondido por temor y también por vergüenza.

Pero si él no hubiese hablado, Dabeiba seguiría a oscuras.

El iceberg del horror

Una audiencia de reconocimiento es uno de los momentos más importantes dentro del sistema de justicia transicional que tiene Colombia y produce sensaciones ambivalentes: el país por fin escucha de viva voz a los victimarios narrando sus crímenes y pidiendo perdón, pero a cambio de eso, ellos pueden someterse a sanciones propias que no necesariamente les dan cárcel. Al menos 3582 militares se han sometido a la JEP, muchos nunca

habían sido investigados; otros salieron de prisiones y guarniciones militares donde estaban detenidos.

En este caso llamado 03 y en el caso 04, que prioriza lo que la guerra produjo en Urabá, los magistrados Ramelli y Nadiezhda Henríquez investigan ejecuciones extrajudiciales y desapariciones forzadas cometidas entre 2002 y 2006. Hasta el momento, de los diez militares imputados por la JEP como máximos responsables de estos crímenes, ocho han reconocido su culpabilidad, pero dos coroneles no aceptaron los cargos e irán a juicio. Jorge Alberto Amor Páez, quien fue comandante de la Brigada Móvil 11 entre el 2005 y el 2006, y el coronel retirado David Herley Guzmán, que tuvo a su mando el Batallón de Contraguerrillas 79, el del llamado Vuelo 79, son los grandes ausentes de la verdad que tanto esperan los que llevan décadas sin saber nada de sus familiares.

El escenario de la audiencia está dispuesto para que las víctimas se ubiquen frente a los victimarios, quienes deben esforzarse por hacer reconocimientos honestos y aportar información concreta. Ambos han pasado por meses de preparación: ellas con acompañamiento psicológico; ellos para evitar frases que justifiquen sus hechos o revictimicen. Un día antes de la audiencia de Dabeiba preparan también la voz, que debe escucharse alto y firme para la televisión.

Y aunque muchos victimarios, llamados comparecientes, van con hojas repasando sus declaraciones, la atrocidad de sus voces resuena incluso entre quienes han negado la existencia de estos crímenes. «Todo el que vistiera de negro o de blanco y negro era guerrillero y tenía que morirse», dijo uno. «Autoricé el homicidio de un joven que se reportó como capturado», dijo otro. «Me convertí en asesino».

Los militares han lanzado la verdad en la cara de quienes no quieren escucharla.

«No éramos casos aislados. Esta práctica se vuelve sistemática con la llegada del general (Mario) Montoya a la Séptima División. Este general efectuaba programas radiales donde nos decía: “Yo no necesito litros de sangre, necesito carrotancados de sangre”»,

relató el sargento Fidel Ochoa, que teme que sus palabras le cuesten la vida. Montoya fue el comandante de esa división entre 2004 y 2005 y el comandante operacional de la Cuarta Brigada entre 2000 y 2003, cuando el Batallón Arhuacos fue asignado a esa Brigada con sede en Medellín. Luego, en 2006 llegó a ser comandante del Ejército Nacional. Su nombre ha sido mencionado en veinticuatro versiones rendidas por comparecientes que están vinculados al caso 03.

El coronel (r) Efraín Prada resopla, pide agua y tiembla con un listado de asesinatos en su mano. Pero sus palabras sacuden a don Jesús, un hombre de bigote espeso y gorra negra que está en la fila de las víctimas. «Me acobardé. Si hubiera denunciado no estuviera de este lado, sino del lado de ustedes como le pasó a mi teniente Suárez», dice el coronel.

Hubo sí, otros militares que no se acobardaron e intentaron parar el horror mientras ocurría. Pero su destino fue la muerte.

Jesús Suárez tiene 75 años. Todavía recuerda la llamada. Su hijo, el teniente Jesús Javier Suárez, lo llamó el 17 marzo de 2005 a las cinco y treinta de la tarde y le dijo que quería escapar. «Papá, tengo miedo porque me dijeron que me iban a matar. ¿Qué hago, me vuelo esta noche o qué?». El teniente saldría en quince días a permiso y ya había decidido denunciar las ejecuciones. El viejo, que también había sido militar, le dijo: «Usted tiene que quedarse frente a sus soldados. Un comandante muere de pie».

El teniente Suárez murió humillado. Según varios testimonios ante la JEP, fue asesinado por la espalda, arrodillado, a manos del coronel David Guzmán. Falleció a las ocho de la mañana un día después de hablar con su papá, a quien le reportaron que había caído en un supuesto combate.

Desde entonces, el viejo se había dedicado a restaurar la honra de su hijo. Viajó por todo el país, recorrió seis fiscalías, oficinas de derechos humanos, sin éxito. Solo hasta que Levis Contreras confesó la verdad ante la JEP, el señor Jesús confirmó su sospecha de siempre. «Casi me da un infarto. El día que murió mi hijo no lloré, pero cuando Levis dijo que mi hijo cayó arrodillado y el mayor le pegó el otro tiro, que mi hijo no accionó el arma, ahí me dolió el corazón».

Su caso sigue en el limbo porque Guzmán no ha reconocido ese crimen, aunque el resto de los militares lo mencionen y la JEP tenga varias pruebas en su contra. Igual que el de los campesinos Diofanor, Isidoro y María Zenaida Areiza. Aunque el soldado haya confesado esa mañana en el coliseo de Dabeiba y haya golpeado el corazón de la familia, la verdad aún está incompleta.

Lo que ha destapado Dabeiba es, como repite el magistrado Ramelli, un iceberg del horror.





Premio Simón Bolívar 2023

Edison Henao*

Publicada en *El Colombiano*

15 de noviembre de 2023

*Periodista con estudios en Ciencia Política. Ha trabajado para *El Colombiano* y *La Silla Vacía*, cubriendo temas sobre política, conflicto armado y derechos humanos. En 2026, ganó el premio a mejor pódcast del Círculo de Periodistas de Bogotá (CPB).

¿De dónde vienen los embera que piden limosna y son explotados en Medellín?

*Crónica de un viaje de ida y vuelta
entre Antioquia y el Alto Andá-
gueda. Hoy, 845 indígenas tratan
de abandonar Medellín y regresar
a su resguardo en Bagadó, pero es
una ruta que siempre se repite.*



La Oriental es paso obligado entre Niquitao y el paradero de buses que lleva a El Poblado.

Foto de Manuel Saldarriaga.

Arcelio Manúcama pasa hambre con su familia. Él es un indígena que hace tres días dejó Medellín en compañía de su esposa, María Ibelina Sintua. Es delgado, bajito, viste un *jean* que no termina: el ruedo le pega bajo las rodillas. «Sí, yo vine de allá», dice el hombre desde un rancho de tablas. «Sí, hace poco llegamos. Nos vinimos para acá por cuenta propia. Pero vamos a volver con los niños, los habíamos dejado para que no sufrieran», agrega. Arcelio es un indio insípido, de ojos tristes y piernas flacas. Volvió a Aguasal, comunidad indígena del Alto Andágueda, con las manos vacías, con su mujer en embarazo, luego de vivir tres años en la ciudad. También es un indio errante: bastará con que su quinto hijo nazca para que otra vez vuelva a Medellín con su esposa, sus hijos y ahora su suegra. Empacará el pantalón que el viento calmo serpentea. Solo eso tendrá su maleta.

—Vinimos a descansar —dice— porque mi esposa está embarazada. Allá se sufre mucho, no hay comida, es muy difícil pagar la renta.

Cae la tarde en Aguasal y a Arcelio lo conozco por una carambola del destino. Recorro el barrio Centro, acompañado por la segunda gobernadora del poblado y por el secretario del Cabildo de Zona 1, una de las 37 comunidades del resguardo Tahamí, a pocos kilómetros de Bagadó, Chocó. Los funcionarios hablan de los que se fueron, los enumeran: en esta casa, Darío Querágama; en esa, Luz Élide Esteves; en aquella, Luis Eduardo, ¿el apellido...? Ambos señalan casas vacías. Ya están acabadas. Se han ido para Medellín, para Bogotá. Algunos se fueron hace años; otros se fueron hace poco, dicen. Se han ido, por lo menos, dos mil de los nueve mil indígenas que viven alrededor del río Andágueda. Pero esa migración interna es pendular, va y vuelve, y en eso consiste el drama, por eso conozco a Arcelio, a su esposa, a sus hijos.

—Ya estuvimos en Medellín —contesta Arcelio en voz alta, a unos metros, tras la pregunta de si en la zona vive alguien que haya estado en la ciudad—. Llegamos hace tres días porque mi esposa está embarazada. Nos devolvemos el martes.

Es viernes y las cuentas, en realidad, marcan cuatro días desde la llegada de Arcelio. No volverá el martes siguiente a Medellín.

Los emberas entienden distinto el tiempo. Volverá cuando nazca Juan Giraldo, como le pondrá a su quinto hijo. María Ibelina, que visita a esta hora a su mamá, Emilse Arce, tiene ocho meses largos de embarazo. Aunque Arcelio ignora cuál será el sexo del bebé, la madre cree que será un niño; el cuarto varón entre los hijos: Jhon Teran, Jhon Over, Jhovin y Ana Lucely. Arcelio permanece de pie. La casa tras su espalda está vacía. Sale un perro que se llama Negro, también estuvo en la ciudad. El animal los acompañó en la travesía. Conoce Niquitao, el centro, El Poblado y hasta Rionegro.

Arcelio, de 26 años, y María Ibelina, de 24, vendían y tejían chaquiras como muchos emberas. Ese parece ser el patrimonio del pueblo katio, que no tiene las mochilas de los arhuacos de la Sierra Nevada o los tejidos de los wayúu de la Guajira.

—Desplazados, nos fuimos con mi mamá. Ella todavía está en Medellín, con mis hermanos, porque aquí la casita está muy mala. Pero el alcalde allá no nos ayuda con el arriendo. Los niños pasan sin comer, sin desayuno —dice—. ¡Lo que venda uno!

—¿Y aquí sí tiene comida?

—No. Acá tampoco hay comida.

—¿Pero paga arriendo?

—No —contesta—. Pero mi casita está muy vieja, acabada. ¿No ve?

Llegar a Aguasal no es sencillo. El trayecto lo vivió Arcelio cuatro días atrás, un lunes, y tardó más de un día. Tuvo suerte: tomó en Medellín un bus hacia Pueblo Rico, Risaralda, por 75.000 pesos. Dos pasajes, el suyo y el de María Ibelina: 150.000 pesos. La ruta implica tomar la vía Amagá-La Pintada y luego buscar las partidas que de Pereira llevan hasta La Virginia. De esa forma se llega a Pueblo Rico, Risaralda, donde está el corregimiento de Santa Cecilia, cabecera urbana más cercana al Alto Andágueda.

¿Lejos? Muchísimo, dice él, quien más tarde le cuenta a su suegra lo que les espera cuando nazca Juan Giraldo. Pero el relato de Arcelio flaquea en detalles: el dominio que tiene sobre aquella tierra lluviosa, espesa, de 50.000 hectáreas, pasa por alto

las dificultades que vería cualquier hombre de ciudad. Llegar hasta Santa Cecilia tarda casi diez horas desde Medellín. Una vez allí, en medio de la lluvia incipiente, es evidente el cruce étnico: negros, indios y mestizos recorren las calles, llenan los negocios, beben y juegan chicos de billar.

—Tocará subir a pie —dice Leonel Querágama, uno de los 1450 hombres y mujeres que integran la guardia indígena del Alto Andágueda—. O pasar el carro por el río; por ahí pasa.

Esos son los detalles que escapan al relato de Arcelio. Para que un extraño llegue a Aguasal hay que hablar con Emeraldó Querágama, jefe de la guardia. Él autoriza a cuatro guardias que bajan hasta Santa Cecilia. Con ellos —Óscar, Geider, Luis—, liderados por el propio Leonel, comienza el camino. Es jueves. Seis de la tarde. La lluvia cuaja. En el carro recorreremos parte de una trocha malograda. Luego llegamos a Paparidó, una de las comunidades del resguardo, aún en Risaralda. No para de llover. El río crece. Decenas de emberas lo cruzan, el agua pega en sus caderas, ahoga sus ombligos, pega en el pecho. Tienen que llegar a Aguasal. Hay que aprovechar que el caudal no suba más. Esperamos: el carro no puede pasar, se quedaría pegado. ¿Una borrasca? Podría arrastrarlo. A esa conclusión llegamos más tarde, sobre las cinco de la mañana del viernes. Todavía llueve.

—Sí, el río se ha llevado gente —dice Óscar, vestido de negro, envuelto en una trusa con los logos de la guardia—. Una familia de cuatro: hombre, mujer, niños. Se han ahogado, muerto.

Cruzamos el río. La guardia nos da la mano. Pienso en Rodrigo Vitucay, el líder indígena que desde Medellín hace las llamadas para que nos reciban en la zona, quien gestiona hoy el retorno de 845 emberas que viven en la ciudad como desplazados: 426 mujeres y 419 hombres que, dicen las autoridades, quieren volver a Chocó. No dijo Rodrigo que había que tener pies firmes para sobrevivir en estas tierras; que había que tener dedos fuertes, de uñas enraizadas, para aferrarse a las piedras y conquistarlas bajo el agua turbia. Pero lo logramos. Cruzamos. Una mula cargada lo logra. A veces el río las arrastra, pero las mulas luchan como los

indios contra la corriente, en el Andágueda no hay puentes. El monte es espeso, vasto, repleto de plátano primitivo.

—Yo no conozco a Medellín. No sé qué hace allá la gente. Aquí dicen que es un pueblo grande, casi la mitad de Bogotá —dice Leonel.

—¿Y le gustaría irse?

—No. Yo no me amañaría en otra parte. Me gusta trabajar mi finca, solo eso. ¿Qué cultivo? Maíz, cacao. Aunque acá la producción es mala, el plátano se quema, no pega, por eso la gente se va.

Caminamos. Restan cuatro horas. No para de llover. La bruma se come el monte. Copa la vista. La tierra cede. Los guardias conocen los secretos del camino: el paraje de las ranas amarillas que suplen de veneno las flechas que cargan al cinto para defenderse. Las cazan y frotan las flechas sobre su piel. No hay que matarlas. Solo toman su veneno. Dicen que no han asesinado a nadie.

La ruta hacia Aguasal se parte en dos cuando vuelve la señal de celular. Un pico alto avisa que estamos en Chocó. La tierra de repente es más pesada. La lluvia levanta un olor fuerte a metal. Afinamos el paso. Encontramos indígenas en el camino, unos miran y, rápido, bajan los ojos; otros saludan, preguntan: «¿Para dónde van?» «Para donde Emeraldó», respondemos, y seguimos. Un hombre, Ariel Pepé Querágama, nos interpela con ahínco. Habla con autoridad. Luego Leonel cuenta que Ariel, primo suyo, hace parte de la justicia de Aguasal. Lo vemos trastornar: en el Andágueda la justicia viaja en mula.

—¿Cada cuánto salen al corregimiento?

—A veces se sale cada quince días, un mes. Allá, en Santa Cecilia, compramos el mercado —dice Leonel—. Y de paseo también vamos con los niños, de vez en cuando.

Llegamos a Bajo Currupipí, otra de las treinta y siete comunidades del resguardo; es casi mediodía. Allí, en una cancha grande, juegan decenas de niñas. Visten buzos fluorescentes, verdes y rojos. Son varias las porterías. Juegan por edades, por tamaños. El camino comienza a ser menos agreste. Hay planicies, leves pendientes.

Estamos cada vez más adentro, aunque quedan horas de camino. La carretera, construida en convites y con firmas mineras, no tiene pierde: lleva a las zonas donde se derramó sangre embera hace décadas en búsqueda de esmeraldas y oro.

Son las ocho de la mañana en Medellín. A esa hora aún duermen los emberas en un inquilinato de La Palma, uno de los barrios de Niquitao, en el centro. Un par de días atrás, Gerónimo Vitucay, oriundo de Aguasal, repartía en compañía de funcionarios de la Alcaldía decenas de paquetes con comida: lentejas, arroz, aceite, huevos, espaguetis. Para los niños y las mujeres; mucha mujer viuda, o soltera. Con Gerónimo, de 28 años, recorremos los inquilinatos cerca al cementerio San Lorenzo y los que están en frente del colegio Héctor Abad Gómez. Vamos a los del bazar de Los Puentes. Llegamos a Prado. La fotografía es la misma, es la vida de 246 familias emberas de las comunidades de Cevedé, Bajo Currupipí, Iguanero, Bajo Chichidó, Uripa, Mazura, Palma, Kimpara, Conondo, Alto Moindó, Cascajero, Pescadito, Limón...

—Aquí hay cuarenta y ocho piezas. A veces viven de a siete, de a cinco, de a dos —dice Gerónimo, afuera del inquilinato 44-72, una torre de cuatro pisos en el barrio La Palma que puede albergar a quinientos emberas en corredores, escalas y terraza, además de cuartos—. La protesta que hicimos el 22 de febrero, cuando fuimos a la Alpujarra, fue para conseguir apoyo, comida, una pieza.

Ese miércoles, decenas de indígenas se tomaron la Alcaldía de Medellín: rompieron vidrios, entraron a la fuerza; llevaban palos y machetes. Algunas condecoraciones recibidas por la ciudad desaparecieron. Días después los mismos líderes las devolvieron. El alcalde Daniel Quintero aprovechó el episodio para sentar postura: «¿A esto llaman trabajar algunos de los indígenas que se tomaron la Alcaldía? No, no y no. No lo vamos a permitir». Publicó luego un video de un niño indígena desnudo, sentado sobre pedazos de cartón, en la calle. Entonces no fueron muy claras las necesidades de los indios; las razones para apelar a la violencia, hablaron de ayuda, de abandono, pero no tocaron fibras sensibles como la explotación de los niños en la calle, las

guarderías a cielo abierto en las que se han convertido corredores como La 10, en El Poblado.

—Sobre los niños, ¿por qué llevarlos a trabajar, a pedir?

—Mire, le explico una cosa. Allá en mi tierra se trabaja la agricultura todos los días. La mujer cuida los niños, prepara el almuerzo. Aquí, en la ciudad, es diferente. Si no hay experiencia, no hay trabajo; si no se estudia, no hay trabajo; si no es bachiller, no hay trabajo.

—¿Pero está de acuerdo con el trabajo de los niños?

—Hicimos un acuerdo con la Alcaldía. Los niños de dos años para abajo tienen que trabajar con la mamá. Solo los que estén con pecho, que deban cargarlos. Los otros niños tenemos que meterlos a la guardería. También se prohibió pedir dinero en la calle. Eso hay que cumplirlo.

Gerónimo evade la pregunta. Dice, más bien, que muchos indígenas no aceptan esas condiciones. Tienen otra idea en su mente, afirma, y responden que la Alcaldía no puede cambiarlos.

En la torre de inquilinatos 44-72 todavía no se levantan. Es el ruido que causamos recorriendo cada piso el que despierta a los inquilinos. Comienzan a salir uno a uno de las piezas. El vecino despierta al vecino y, de repente, el edificio parece un barrio. Hay mujeres, niños y viejos por todo lado. Suben escalas. Bajan. Se detienen. Nos miran. Es el despertar de los emberas en la ciudad: se rasan la cabeza, los hombres se llevan la mano al pene, las mujeres se peinan. Las habitaciones no paran de abrirse: aparecen cambuches, colchonetas, cobijas; luego niños desnudos, tirados en el suelo, gateando, parados, corriendo. Los baños son estrechos. Algunos rebosan de mierda. No hay cómo vaciarlos.

—Hoy está calmado —dice Gerónimo—. Aquí toca por turnos: a veces el día arranca a las tres de la mañana, cuando comienzan a cocinar, y termina a las once de la noche, todavía en la cocina.

Los días sin baño levantan un hedor fuerte. El amanecer pone en libertad la hediondez humana: la de los emberas, la de cualquier cuerpo que no reciba agua y jabón en tres, cuatro días, una semana, mientras sale a la calle, aguanta sol, suda, tiene

sexo, defeca, come, succiona leche. La fotografía vespertina del 44-72 es la misma del 44-78, una edificación vecina de tres pisos que tiene treinta y dos habitaciones y más de trescientos inquilinos. La bienvenida la da una mujer embarazada, regordeta, cabizbaja. Tiene un manojo de papeles de la EPS en la mano. Dice que no la atienden, que siente dolor, que tiene más de nueve meses de embarazo. Podría parir en cualquier momento, su bebé se sumará a los ciento sesenta y ocho embara menores de cinco años que tienen raíces en Chocó y hoy viven en Medellín. Ella solo repite: «¡Estoy enferma! ¡Duele!».

Arcelio dice que pagaba 25.000 pesos diarios por la pieza en Niquitao. Sin niños cobran 15.000. Cuando hay muchos, el precio sube, no importa el espacio. El patrón —como les llaman a los dueños de los inquilinatos—, que puede ganar más de tres millones de pesos al mes, cobra por densidad: por metro cuadrado habitado y no por comodidad. Quien se cuelga con la renta termina pronto en la calle o regateando para pagar la dormida de noches que ya pasaron. En Medellín quedó su mamá, dice Arcelio. ¿Y el papá? No, murió. ¿Y de qué? No sabe, estaba enfermo. Su cuerpo está bajo tierra en el cementerio de Aguasal, en una loma pronunciada que incluso es barrio. Cementerio: para llegar hay que cruzar un fango; luego aparecen cruces, nombres, fechas. El vínculo de los embara con la muerte es similar al nuestro: los ritos, las flores artificiales y los símbolos se han mezclado. Están lejos, pero a la vez cerca, son el cordón limítrofe entre los grandes centros poblados de la cordillera y el suelo chocono casi inexplorado.

—¿Y se colgó con el arriendo?

—Sí, una vez, casi me echan pa' la calle —responde Arcelio—. Ibelina tuvo que parar las chaquiras por el embarazo. Ya no podía sentarse.

Arcelio saca un teléfono. Mira la hora. Anochece.

—¿Qué teléfono es ese?

—Un Samsung Galaxy A20.

—Está bonito. ¿Costoso?



—Sí, es caro. Buena plata, seiscientos. Para comprarlo trabajamos dos meses las chaquiras.

—¿Y no es mejor comprar comida?, ¿su mujer lo usa?

Arcelio sonríe. Se advierte juzgado. Contrapuntea.

—No, más importante el celular, para trabajar de muestra.

Aunque expone decenas de imágenes con diseños de pecheras, pulseras, anillos y aretes, Arcelio no es el único embera que tiene un teléfono inteligente. Algunos también compran televisor para ver fútbol y contratan DirecTV. Terminan encantados por las comodidades del mundo blanco, así no haya comida o plata para la pieza, en elinquilinato los niños se ocupan con Tik Tok, YouTube y algunos juegos. Las mujeres no tienen teléfono; poseen los hombres, las cabezas de hogar, los que tejen las chaquiras a la sombra en La Palma, en Niquitao, mientras sus esposas, hijas y nietas las venden en la calle: en La 10, la Oriental, San Diego, Laureles, la Casa Embera, Bello, Rionegro.

—¿Y acá vivir es muy duro? —le digo a Arcelio, mientras caminamos por Aguasal en búsqueda de María Ibelina.

—Mucho. La gente vive trabajando, rozar maíz, sembrar plátano primitivo. Pero no crece. Aquí, en 2012, hubo un bombardeo. Grupos armados. Ejército. Por esa razón ya no pega bien.

Su respuesta es la de muchos en Aguasal. Allí hablan de bombardeos que dejaron la tierra estéril y que por eso sembrar es un trabajo inútil. La Comisión de la Verdad recoge la versión de Arcelio. Dice en uno de sus informes: «Los constantes bombardeos, aterrizajes de helicópteros e instalaciones de campamentos que perturban desde hace más de cuarenta años la cotidianidad del pueblo embera katio, no solo han expulsado a los *jai* [esencia de las plantas, los animales y las cosas], también han arrasado con los cultivos de pancoger y provocado el desplazamiento de decenas de familias del Alto Andágueda». En nueve años, entre 2007 y 2015, la Unidad para las Víctimas calcula que el Ejército bombardeó por lo menos once veces el resguardo en operativos contra las extintas FARC y el ELN.

Cerca de los ranchos de madera y zinc —anclados a la tierra como palafitos para burlar inundaciones— no hay huertas. Hay

caminos limpios, otros con desechos de comida, ropa; también hay una escuela donde algunos terminan sus estudios de bachillerato. Pero no hay huertas. Las parcelas están lejos, a horas a pie, con plátano, papa, yuca, ñame. Y aunque Arcelio y Leonel dicen que no todas producen, la peregrinación de mujeres con bejucos (canastas tejidas a mano) a la espalda, sostenidos con la frente, no para durante el día. Van de vestido corto, botas pantaneras y medias a la rodilla. Coloridas, como las vemos en la ciudad. A veces maquilladas, con chaquiras en el cuello, las orejas y las manos. Sus edades se confunden: niñas y jóvenes a veces se camuflan entre viejas. Y viceversa. De nuevo el tiempo, tan distinto para los embera.

Llega María Ibelina. Le huye a la palabra. Calla.

La mañana avanza en Niquitao y llega la hora de preparar a los niños para el colegio. Las habitaciones dejan de ser dormitorios para convertirse en salas y comedores, mientras que otras siguen siendo cocinas. Algunos hombres desfilan con niños de la mano rumbo a la escuela. Las mujeres se organizan, arreglan rápido a los niños que tienen clase o van al Buen Comienzo para 76 emberas que recién abrieron en el barrio. En paralelo avanza una peregrinación de niños con bolsas de arroz, huevos y cacerolas. Es el desayuno, primera y quizá la última comida del día de muchos en el inquilinato 44-72. Allí hay dos fogones de gas, cada uno con dos puestos, para el uso de más de quinientos indígenas. La cifra es irrisoria, pero algunos tienen fogón propio en las habitaciones; en cuartos con pipetas de oxígeno para bebés también hay ollas pitadoras, pipetas de gas, aceite y fuego.

Las mujeres se preparan para ir a trabajar. Los hombres observan. Otros se limpian las lagañas de los ojos y zigzaguan por el inquilinato, dan tumbos, hacen visita de pieza en pieza. Solo quinientos cincuenta emberas del total que quieren retornar al Alto Andágueda tienen hoy acompañamiento asegurado por parte de la Unidad para las Víctimas. El retorno oficial se proyecta para mayo. Habrá bus para devolverlos al monte, con el compromiso de que solo regresen a la ciudad «por fuerza mayor». Los que ya

están acreditados como víctimas recibirán dinero y tres ayudas alimentarias; les darán para arreglar sus casetas, caso de Arcelio, quien reniega del estado de la suya.

—¿Y los hombres, Gerónimo, por qué no salen a trabajar con las mujeres?

—Los hombres cuidan los inquilinatos cada día: lavan la ropa de mujer, de niño. Trapean las piezas. Organizan y tejen aquí, mientras que ellas se van para la calle a vender.

A los machos emberas les avergüenza trabajar en la calle. Tampoco es preciso que todos colaboren en las tareas del hogar: algunos matan las horas jugando parques en los inquilinatos, otros fuman marihuana en los vericuetos de Niquitao, unos cuantos andan la calle y otro par aprovecha para motilarse afuera del 44-72 o emborracharse. Muchos hombres estudian técnicas y carreras profesionales mientras las mujeres venden chaquiras de 20.000 hasta 50.000 pesos para la cuota diaria de la pieza. No hay cuestionamientos de por medio, para ellas parece el orden natural: trabajar, quedar en cinta, atender al marido y lidiar con los niños. Son proveedoras y cuidadoras al tiempo. También son golpeadas.

Antes de que las mujeres salgan a trabajar, un bullicio invade el tercer piso del inquilinato. Una masa hace corrillo y repite reproches en embera. Los ánimos están crispados. Llegan niños y mujeres y hombres seniles. Al fondo del corredor un hombre golpea a una mujer. La saca y entra de la pieza agarrada del pelo, adentro, afuera; afuera, adentro. Ella trata de soltarse, pero no lo consigue. Los gritos escalan. Se escucha un golpe duro, seco. De ella salen palabras, insultos en embera, es su repertorio de defensa. De nuevo, ¡un golpe seco! Gerónimo, con quien conversaba más temprano, sale apurado abriéndose paso entre el tumulto. Ella da la cara. Tiene reventada la boca. Sangra. Es Margarita Murillo, la esposa de Gerónimo. Con sus manos agarra su vientre. Llora. Tiene 20 años.

—Siempre me trata así. Es muy celoso —dice Margarita, quien parece retorcerse. Una patada, uno de los golpes secos, terminó en la parte alta de su estómago.

Su mamá y otras tres mujeres la abrazan. Luego reprochan entre ellas lo ocurrido mientras que el bus que las lleva a El

Poblado deja el parque de San Antonio y toma la Oriental. Pagaron el pasaje, dice el conductor, siempre lo hacen. Volverán en la tarde, algunas en la noche, pasadas las diez o las once. Las mujeres hablan de los celos de los hombres. Miran a Margarita. Lucen molestas. Mientras viajan con siete niños desperdigados en el bus, las embara del 44-72 tienen demostraciones de apoyo. Lo hacen todo el tiempo, a su modo, cuidando a los niños ajenos, alertando cuando las autoridades de infancia las encuentran con los niños en la calle.

—¿Cómo sigue? —le pregunto más tarde, cuando el día ha avanzado y ya está sentada, pidiendo monedas, en La 10 de El Poblado.

—Duele.

Por fin llegamos a Aguasal. Es la una de la tarde. Caminamos casi cuatro horas, desde que dejamos el carro. El poblado tiene calle principal, tiendas pequeñas, legumbrería. Es un pueblo que vive de plátano, huevo y pescado, pero también de enlatados y arroz. Allí, a 132 kilómetros de Medellín, la inflación hace guiños: libra de arroz: 3500 pesos; sardina: más de 10.000; cigarrillos, paquete: 20.000. Ni hablar de los pañales de todas las etapas. Los cuatro guardias que nos acompañan se desgranán uno a uno por los barrios. Allí, funcionarios de la Gobernación de Chocó entregan comida a veintisiete niños con desnutrición aguda y 23 mujeres en embarazo.

—¿Han muerto niños por hambre?

—Para qué le voy a decir mentiras —dice Yhey Maturana, coordinadora del programa «1000 Días para Cambiar el Mundo», funcionaria de la Gobernación—. Este año no, pero sí han fallecido. Aquí la desnutrición mata. Niños de meses, hasta de dos años.

Dice Isabel Cristina Patiño, directora regional del ICBF, que en Antioquia tiene veintidós procesos abiertos para restablecer los derechos de niños indígenas. Dos por abandono; cinco por falta permanente o temporal de un representante; nueve por omisión o negligencia; dos por condiciones especiales del cuidador; dos más por reunificación familiar; uno por situación de calle; y otro por violencia sexual.

—Primero tomamos medidas persuasivas y diferenciales antes de los procesos de restablecimiento de derechos —dice la funcionaria—. La razón, la ruptura con la cultura indígena, ese vínculo se pierde fácilmente y ya cuando tenemos a los niños bajo medida de protección es difícil regresarlos.

—¿Hasta qué punto llega el ICBF en esta tarea?

—Eso depende de cada caso. Hay unos niños que nos llegan desde hospitales y después es muy difícil conseguir a su comunidad, saber de dónde venían, cuál es su gobernador.

—¿Es frecuente que las familias pidan atención para los niños en estos hospitales?

—A ellos en realidad les cuesta cuando llegan al sistema de salud. A veces vienen con la mamá y el papá, pero la resistencia y adaptabilidad de las familias es poca. A los quince días ya se quieren ir, entonces abandonan a los niños.

—¿Quiere volver a Medellín? —le pregunto a María Ibelina, que aún calla, mientras anochece en Aguasal.

Ella busca el consentimiento de Arcelio para hablar, lo busca con los ojos. Él asiente con la barbilla.

—Sí —responde.

Su respuesta es vacua, desprovista de emoción. Única, porque las demás palabras que escapan de su boca salen en embera. No entiende bien español. Posa para las fotografías. Apoya sus manos sobre la barriga. No levanta la mirada. Camina lenta, espera el parto: en semanas se encontrará con la matrona que cobra 30.000 pesos por entregarle el llanto a los nuevos integrantes del pueblo embera.

—Volveremos a Medellín apenas nazca el niño —dice Arcelio, a quien se suma su suegra de 50 años—. La idea es llegar a la ciudad antes del retorno que están planeando y devolvernos cuando la Unidad para las Víctimas decida traernos. ¿Me entiende?

Arcelio afirma que esa es la única forma de asegurar las ayudas para arreglar la casa que tiene en Aguasal. Su regreso a Medellín

será exprés. Los cinco niños conocerán la ciudad brevemente. Verán el mito que anhela Emilse, la mamá de María Ibelina.

—Emilse, ¿qué hará en Medellín?

—Chaquiras, yo sé un poquito —responde.

—Sí —interrumpe Arcelio. ¿No la ve cómo está sufriendo, cómo está de flaquita? Es que la dejó el esposo.

—También tengo dos niños chiquitos —agrega Emilse. No tengo nada. Me abandonaron. Retorno.

Retorno. Retorno. Retorno. ¿Ha servido de algo el eterno retorno de los embera? ¿Es esa la solución? Los números parecen decir otra cosa: según la Unidad para las Víctimas, entre 2012 y 2019 tuvieron lugar seis retornos en el país con destino a Bagadó y Pueblo Rico. En esa época volvieron a sus tierras 2201 personas de 505 familias embera katio y chamí. Hace poco, entre 2021 y el año pasado, se contaron cinco retornos: 512 familias conformadas por 1638 personas regresaron a comunidades entre Risaralda y Chocó.

Volvemos a Medellín. Desandamos las lomas del Andágueda.

El retorno, pese a que los indígenas hablan del incumplimiento de acuerdos por parte del Estado desde 2012, es lo que quieren muchos para los emberas. Ante los ojos de Juanita Cobollo, mujer a la que llaman la alcaldesa de Provenza —esa calle costosísima, llena de turistas, restaurantes y fiestas—, dos niñas descienden hasta el caño de la quebrada La Presidenta. Beben agua y luego orinan. La escena la desespera. Saca su teléfono. Activa la cámara. Graba. Las niñas indígenas miran extrañadas, pero no se inmutan, orinan y salen del caño. Cobollo no para de grabar. Está molesta.

«¡Habrás visto tal cosa!», dicen algunos y con eso parece que piden un rezo taimado, que no vivan aquí, que no orinen aquí, que no bailen aquí, que los emberas vuelvan a su tierra empaquetados en buses, que regresen selva adentro.





Premio Simón Bolívar 2022

Paola Villamarín*

Publicada en Consejo de Redacción

14 de diciembre de 2021

*Periodista y editora, con amplia trayectoria en medios como *El Espectador*, *El Tiempo* y *Semana*. Ha trabajado en la cobertura cultural y de territorios, narrando historias de comunidades y artistas del país. Su trabajo ha sido reconocido con premios como el Rey de España de Periodismo Digital.

La maestra que encontró la tierra prometida en los Montes de María

Hace 13 años, Luz Nellis Camacho Berrío llegó como maestra de primaria al colegio de una comunidad campesina asediada por los grupos armados, que ya se había desplazado en dos oportunidades. En ese territorio, del departamento de Bolívar, se enamoró de sus estudiantes y de la idea de transformar vidas. Esta es la historia de su conquista, de su valentía, de su pasión por servir y de su amor por la vida.



Luz Nellis bajo la sombra del árbol de mango donde comenzaron las clases, en 2008, después de haber conseguido un terreno para trasladar el colegio, ante la violencia.

Foto de Paola Villamarín.

En busca de la tierra prometida

La profesora Luz Nellis Camacho Berrío caminó con sus cinco sentidos puestos en encontrar la tierra prometida. No era para ella, sino para una comunidad entera. La buscaba todos los días, en los últimos meses de 2007, durante sus largos recorridos hacia el trabajo, de dos horas en trocha desde su casa, en el municipio de María La Baja, hasta la vereda Arroyo El Medio, en el departamento de Bolívar. Se apoyaba en un bastón con el que seguía el rastro de un terreno sin cultivos de palma, en las faldas de los Montes de María.

Estaba recién llegada a Arroyo El Medio, donde había sido nombrada profesora de primaria del colegio Santa Fe de Icoatea. Era su primer trabajo como maestra. Tenía las ilusiones cifradas en cambiar vidas, pero el primer día de clase se encontró con una realidad incontestable: no llegaron los ciento sesenta estudiantes que esperaba, solo aparecieron venticinco.

Lo atribuyó al cambio de docente, a que a la comunidad quizá no le gustaba su llegada, pero poco después descubrió que las razones eran otras: el hostigamiento de grupos armados y la venta bajo presión de las tierras estaban provocando el desplazamiento de las familias.

La mayoría de la gente de Arroyo El Medio venía desplazada de una vereda del Carmen de Bolívar llamada Santa Cruz de Mula, también de los Montes de María, donde —dice la profesora Eliana Gómez, que llegó antes que Luz Nellis al territorio— hubo una masacre y un asedio permanente de los violentos. De ahí, se desplazaron a una vereda a la que bautizaron Santa Fe de Icoatea, donde surgió la necesidad de fundar una escuela, en 1996, a la que le dieron el mismo nombre. De nuevo, la comunidad se vio obligada a salir: bombardeos, enfrentamientos, reclutamiento infantil, acoso y señalamientos a la población, robo de animales y dos granadas dejadas en un salón de clase.

¿Qué futuro podrían tener estas familias campesinas que volvían a sufrir el desplazamiento? ¿Qué sería de las niñas, los niños y jóvenes del pueblo? ¿Debía quedarse en Arroyo El Medio y tratar de enfrentar el problema o ir a la Gobernación de Bolívar y decir

que no había nada qué hacer?, pensaba Luz Nellis en sus noches en duermevela.

En el poco tiempo que llevaba en Arroyo El Medio, Luz Nellis sintió el miedo y la estigmatización que sufría la comunidad. «Cuando la gente llegó desplazada a esta zona, les decían guerrilleros, solo por venir de arriba. Tuvimos que crear un proyecto de convivencia y paz, que aún seguimos llevando», narra Luz Nellis, hija de campesinos, hermana de seis maestros y madre de dos hijos.

Entre lo más doloroso que recuerda de su llegada está la historia de Roberto José, un niño que nunca usaba zapatos. Como tantos que vinieron en brazos o en el vientre materno desde Santa Fe de Icoatea, padecía una *timidez aguda* —como la define la maestra—, una dificultad de aprendizaje severa, un silencio que solo algunos lograron franquear cuando aprendieron a hablar a los 6 o 7 años.

«A Robert, sin preguntarle, le llevé unas botas. Cuando se las entregué, me las tiró y salió corriendo. A los tres días, lo abracé y le pregunté que por qué no le habían gustado y le dije que yo le podía traer unos zapatos más bonitos. Él no me decía nada. Callado, callado. Cuando empezó a llorar, me dijo: “Yo no quiero zapatos, porque el que usa zapatos, mata”. “Mira, no es verdad, yo uso zapatos y papi también usa zapatos”, le respondí. No paraba de llorar. Hablé con su mamá. Me dijo que, cuando había enfrentamientos por las noches en Icoatea, él se escondía debajo de la cama, veía pasar los zapatos y en la mañana aparecían los muertos. Él es muy callado. Empezamos un proceso de ayuda psicosocial no solo para él, sino para muchos otros. Pudimos salir con la ayuda de profesionales, porque, así que-ramos, hay cosas que solo desde la docencia no podemos lograr».

Y también hay cosas que quienes entregan su vida a la enseñanza deben enfrentar cuando trabajan en zonas de guerra. Una tarde de clase, su teléfono sonó insistentemente. Era un padre de familia. «¿Dónde están, seño?». “En clase”, le respondí. “Bajen inmediatamente”, me dijo. “¡Vamos, vamos!”, les dije a mis estudiantes. No hacía cinco minutos que me habían llamado, cuando oímos el helicóptero. Disparaban y disparaban. Era un sonido parecido al de un taladro que rompe el piso. Las niñas y los niños corrían y gritaban: “Quítense las camisas y muévanlas”.

Me agarraban: “Seño, no se desvíe”. Habían aprendido a actuar así gracias a sus padres. Corrimos sin parar hasta María La Baja, con el barro más arriba de la cintura. Después de que los papás los recogieron, me fui a mi casa y arranqué a llorar», recuerda. Esa jornada de miedo y zozobra —la tiene muy presente— fue el día de la muerte de Martín Caballero, comandante del Frente 37 de las FARC y azote de los Montes de María.

El contexto de violencia en Arroyo El Medio sumado a que «cada parcelero que vendía una finca dejaba a una familia sin tierra donde trabajar» hizo que Luz Nellis convirtiera a setenta familias en una causa personal. Por eso, en su esforzado camino diario al trabajo, buscaba sin pausa una tierra para todos.

Ese día llegó, y muy pronto. Así lo relata la maestra, aún con sorpresa. Era diciembre de 2007. Vio algo que le pareció un terreno sin palma. Se subió a un frondoso árbol de mango desde donde pudo ver un terreno despejado y deshabitado. «Aquí va a quedar el colegio», pensó, emocionada. Se quitó los zapatos y puso sus pies sobre la tierra. «Quita, quita las sandalias de tus pies, porque la tierra que pisas santa es», pronunció.

Averiguó quién era el dueño. Se llamaba Melanio Parra. Lo convenció de venderle el terreno del colegio. Negociaron 800 metros por setecientos mil pesos, que pagaron entre ella y otra maestra con grandes esfuerzos. Hicieron un acta en un cuaderno y se dieron la mano. «Esa noche no dormí de pura felicidad», rememora, con su voz cálida y sus ojos brillantes. Pero, ¿qué sería de un colegio sin comunidad? Venía algo aún más complejo: el terreno para asentar a todos los demás.

Un pueblo que nació en Navidad

«**A**quí arrancamos las clases», dice Luz Nellis bajo la sombra del icónico árbol de mango del nuevo colegio Santa Fe de Icotea, a cuatro kilómetros del anterior. Verde brillante y de ramas generosas, en 2008 albergó los grados segundo, tercero y cuarto de primaria. Los otros grados, quinto, sexto y séptimo, se organizaron en «una ranchita», como la llama la profesora, en el portón actual del colegio.

«Este árbol es muy diferente a los otros. Tiene espacio del lado de la carretera, pero siempre crece para el lado del colegio; en la mañana, cuando ocurren la mayoría de las clases, nos cubre con su sombra en distintas actividades», narra la profesora, ayudada de sus manos largas y expresivas, que a ratos se entrelazan y a ratos tocan delicadamente la punta de su nariz. Se sale de la sombra y mueve las manos coordinadamente adelante y atrás, como mostrando un recorrido: «Por mucho calor que haga, en este lugar siempre corre la brisa. Y otra cosa: desde aquí siempre puedes mirar quién viene. Este es el sitio preciso que destinó Dios para el colegio».

Al tiempo que gestionaba la infraestructura para Santa Fe de Icoitea, Luz Nellis caminaba de la mano de padres y madres con el fin de conseguir el terreno de la comunidad. «Vamos a luchar por esto juntos. Yo sola no puedo», les dijo. Siete familias se apuntaron a trabajar con ella: Rafael Moreno y Ludis Vega; Wilman Pérez y Rosa Torres; Roberto Arias y Edith Carrillo; Oswaldo Torres y Elena Vega; Elvia Figueroa; Álvaro Vega y Arielis Arrieta Carrillo, y Alberto Díaz y Vilma Vásquez.

«Ir a la Alcaldía o a la Gobernación era perder el tiempo. En esa época, el noventa y cinco por ciento de las poblaciones rurales de los Montes de María eran desplazadas. Así que lo que el alcalde y el gobernador nos iban a dar era un bulto de arroz, y yo no quería eso». Caminaban y visitaban organizaciones sin ánimo de lucro. Alguna vez tuvieron que dormir en el parque Fernández de Madrid, en Cartagena, porque les dieron una cita para la mañana siguiente y no tenían cómo pagar hotel.

Un día cualquiera, Luz Nellis pasó por la vereda Pava, en el municipio de Mahates, y se encontró con la sede principal de la Corporación de Desarrollo Solidario Campesino, institución de la que nunca había escuchado. Le dieron el celular del director: Pedro Nel Luna. Se citaron. «Él vino y nos dijo: “Yo no tengo plata, pero trabajo con organizaciones a las que les voy a mandar el proyecto a ver qué sucede”». Y sucedió. Entre marzo y junio de 2008, les ayudaron a comprarle a Melanio Parra tres hectáreas y media para la vereda, a pocos metros del colegio.

Pero se presentó un problema inesperado. «En esta zona tiraban a todos los muertos. La gente decía “Yo por allá no voy”», recuerda. Luz Nellis no se iba a dejar vencer. Convenció a una familia de irse para el pueblo. Rafael Moreno y Ludis Vega, en ese entonces con seis hijos, se convirtieron en los primeros habitantes de Paso El Medio. El ejemplo sirvió para que, poco a poco, las familias se asentaran.

Era una trocha tremenda la que había entre Arroyo El Medio y Paso El Medio, de esas por donde solo pasan mulas y caminantes agueridos. «Bajamos nuestras cosas en burrito y en los hombros. Fuimos de las últimas familias en llegar; comprando que si la laminita de zinc, que si la carpa para guardar nuestras cositas», recuerda Míriam del Socorro Carrillo Guerra, madre de exalumnos de Santa Fe de Icoatea, que no ha dejado de estar ligada al colegio y a la señito. Si mal no recuerda esta creyente en Dios y en la Natividad, ella y su familia llegaron en burro y con sus corotos un 24 de diciembre, para ver nacer un nuevo pueblo y lograr la anhelada paz y estabilidad que los violentos les habían arrebatado. «Fue impresionante», remarca Míriam, en uno de los tres salones del colegio Santa Fe de Icoatea, el único con aire acondicionado.

«Tan lindo fue que hasta hubo un sorteo para la ubicación de las casas. Celebramos juntos la primera Navidad, en 2008. Hicimos el nacimiento del Niño Jesús. El pueblo nunca ha olvidado que está acá porque la escuela desarrolló ese proceso. A la comunidad le duele mucho la escuela y a la escuela le duele mucho la comunidad», dice Luz Nellis, que cada tanto llora de la emoción, porque narrando se hace consciente de lo difícil y maravilloso que ha sido el camino.

La gracia de ser campesina

«**S**oy campesina, soy hija de campesinos», dice la carismática Luz Nellis, con un gran orgullo. Esa es, para ella, la clave del porqué puede entender tan bien a su comunidad. «Dios me ha dado la gracia de ser campesina, así que con ellos hablo de lo mismo y como de lo mismo».

Nació en San Onofre hace 56 años. Cuando era pequeña, sus padres se la llevaron para la finca de la familia, donde cultivaban

plátano, yuca, ñame: «Mi papá vivía de su pancoger», recuerda. Fue una época muy feliz. A los diez años, regresó a San Onofre para entrar al colegio. «Quedé triste». Y más aún cuando sus padres, convencidos de la importancia de la educación para sus hijos, se fueron a trabajar a Venezuela para poderles pagar la universidad en Pamplona.

Ella y su hermano menor se quedaron con una tía en San Onofre y ya nada era igual. Luz Nellis sintió duramente la ausencia de su mamá. A veces, trataba de consolarse oliendo su ropa.

«Mi papá se devolvió porque se cansó. Regresé a la finca, pero en el 96 todo se puso muy feo. Cuando era solo un grupo armado no pasaban tantas cosas, pero cuando llegó otro y luego otro, sí. ¿Qué culpa tiene un campesino cuando alguien viene a pedirle agua a su casa? Nos tocó salir. Mi papá decía: “Yo nunca voy a irme, pero ustedes por acá no vengan”. Fue un dolor grande no poder volver donde viví mi infancia, donde corrí y jugué», dice, tratando de contener las lágrimas. Pasaron diez años hasta que regresó y ya nunca más se sintió libre en San Onofre.

Emprendió camino a Cartagena cuando ya estaba en edad de trabajar. Se hizo cajera de un centro comercial. En las conversaciones con sus hermanos, todos maestros, notaba que la vida de un educador era muy distinta a la de una cajera. Se matriculó, entonces, en una normal, gracias a que una de sus hermanas le regaló la plata.

Y la vida la llevó a María La Baja, a dos horas de Cartagena. Se fue a hacer un diplomado en etnoeducación. «Me salió un trabajo con niños especiales y me fascinó». En 2006, aplicó a un concurso etnoeducativo nacional, solo para profesores afro. Su desempeño fue alto. Su puntaje, cuenta, daba para irse a los corregimientos Playón o Retiro Nuevo, en María La Baja, que tenían muy buenas condiciones. Podía elegir libremente. «Una de mis hermanas me dijo: “Agarra cualquier cosa, menos Santa Fe de Icoitea”». Cuando estaba haciendo la fila para seleccionar la plaza, otra profesora muy joven, que estaba detrás de ella, le aconsejó: «“Vete a Santa Fe de Icoitea porque allá no pagas transporte, te puedes ir caminando. Es cerquita. Son puros campesinos y fincas”. Los ojos me brillaron. Olvidé todo lo que me había dicho mi hermana», rememora dejando escapar una carcajada.

Santa Fe de Icoitea no estaba cerca ni era el remanso de paz que le había pintado aquella profesora. De hecho, el rector, que iba de salida, no la acogió como ella hubiera esperado, menos cuando Luz Nellis se empecinó en mover al colegio de lugar. Él le dijo frases como «tú nunca vas a poder hacer lo que yo hice» o «tú eres una docente, yo soy todo un maestro». «Me trató fuerte porque yo era mujer y porque no era de María La Baja».

«Mi mamá, que murió sin aprender a leer ni escribir, decía: “En la casa siempre canta el gallo, cuando canta la gallina las cosas van mal. Pero la gallina, cuando está en el corral, le habla al gallo al oído”. Mi mamá siempre lideró. Fui llevando eso. Una mujer no debe dejarse por ser mujer. Es que para que algo me quede grande, tiene que pesar mucho», dice Luz Nellis, satisfecha.

A causa de su templanza y entrega, su comunidad la define como madre, hermana, amiga. Para los caminantes de Paso El Medio, los que anduvieron con ella buscando la tierra prometida, «ella nos sacó de ese mal», en palabras de Elvia Figueroa; «ella es la madre de todo, la que más ha luchado», en las de Elena Vega, y «ella es la mayor de todos», en las de Álvaro Vega.

«Me he puesto a pensar que cada quien viene con un propósito a la tierra. Mi propósito es servir. Mi mamá era así, mi papá es así. El que necesitaba comida de la finca, se la podía llevar. Le digo a Dios: “Lo que me regales, que sea para el servicio de los demás”. Y quiero que mis hijos hagan lo mismo».

En la tierra prometida

De lunes a viernes, Luz Nellis enfunda su pelo rizado en un casco rojo y se sube a su moto escarlata para ir al colegio Santa Fe de Icoitea —del cual siempre quiso conservar el nombre original—. De su casa, en María La Baja, a la vereda Paso El Medio hay 10 kilómetros, que se ralentizan en el último tramo, cuando llega a un camino terroso, lleno de altibajos, de surcos que son trampas para las motos. A lado y lado del recorrido, la rodea una imagen que se repite allí y, en general, en los Montes de María: el monocultivo de palma.

Luz Nellis parquea su moto cerca del portón del colegio. Subiendo una pequeña colina, se encuentra su querido árbol de mango. A la derecha, a unos diez pasos, su sueño inconcluso por la pandemia: una biblioteca bocetada en dos vigas solitarias, cuatro paredes de ladrillo y cemento, sin techo, y el hueco de una ventana. «Siempre he querido hacer un quiosco lector. Será el lugar más hermoso del colegio. Quiero que tenga aire acondicionado, mesas para quienes están en primaria y para grandes, y que las paredes estén llenas de libros para elegir y enamorarse. Muchos padres no saben leer y si el colegio no tiene los medios, entonces no hay de dónde adquirir esa cultura», dice Luz Nellis, y confiesa que, como le pasó con sus anteriores metas, el quiosco lector se le aparece constantemente en los sueños.

Un poco más arriba, se levantan en línea cuatro aulas generosas pintadas de azul y blanco, con grandes ventanales, que la profesora fue gestionando poco a poco con la Gobernación, y en una explanada separada de los salones está el restaurante, que Luz Nellis consiguió cuando conoció a la entonces ministra de Educación Cecilia María Vélez, en una de sus visitas a la región, y la convenció de que fuera al colegio para que viera, con sus propios ojos, todo lo que se había logrado.

Hoy, Santa Fe de Icoitea tiene cinco profesores (cada uno con dos cursos al tiempo) y 143 estudiantes, 90 hombres y 53 mujeres, pero por la pandemia, asegura el rector Ever Smit Banquez Caro, solo van 50, lo que los ha obligado a reducir la jornada solo a la mañana y a enviarles guías a quienes no van —y a hacerles seguimiento telefónico porque, para conseguir Internet, los estudiantes deben caminar largamente hasta Matuya y pagar dos mil pesos—.

Paso El Medio se ve desde los salones de clase. Esta mañana, niñas y niños de primaria van al pueblo a hacer una jornada de recolección de plástico, de la mano de Luz Nellis. Pueblito, como le llaman todos, está activo. Frente a las casas de bahareque, palma, tabla o cemento del lugar, todas construidas colaborativamente, conversan varios grupos de pobladores. En el grupo de mayores, apostado frente a una casa de palma, se ríen y alguien canta con mucho sentimiento. En el otro, que se reúne bajo la

sombra de un árbol, una niña de no más de tres años, de pelo rubio y piel canela, llora porque su mamá aún no la manda al colegio y trata de encontrar sosiego en un cuaderno y un lápiz.

El tercer grupo está sentado alrededor de una mesa de madera gastada, donde Luis Alberto Ramos Arciniegas, de 34 años, proveniente de Ovejas (Sucre), de padres desplazados y con tres hijos, taja un cerdo para venderlo a la comunidad. Bajo una enramada, que cubre el patio de la casa de una de las tantas familias Vega que hay en la vereda, conversan alegremente algunos de los pobladores que caminaron al lado de Luz Nellis para hallar el terreno donde terminaron por asentarse. Una manada de cerdos deambula libremente. Varios perros hambrientos velan por un poquito de marrano crudo. A Luz Nellis, que ya ha dejado atrás a los niños por ser mediodía, la convidan a charlar.

«Gracias a la seño estamos más unidos. Andábamos como pluma en el aire en tierra ajena. De aquí quizá ya no nos boten», dice Álvaro Vega, originario de Santa Cruz de Mula, con cierta inseguridad después de trece años de creada la vereda.

Álvaro cultiva maíz y ñame. Todos los días se sube al monte a un terreno de 22 hectáreas que comparten los pobladores. «Ya no tenemos en dónde sembrar. Esta tierra está muy apretada, tiene mucho maíz», dice Elvia Figueroa, quien viene de la vereda La Suprema. Ese déficit de tierra los ha obligado a pagar arriendo en los pocos terrenos que aún están disponibles, por 150.000 pesos al año, o a irse a trabajar a otros lados, como a Mampuján, y regresar a Paso El Medio los fines de semana.

Ese terreno comunitario para sembrar también lo consiguió Luz Nellis con el grupo de vecinos. «Mi preocupación era: “Listo, ya estamos aquí, pero qué va a comer la gente, dónde va a trabajar”, porque la palma había acaparado todas las tierras», comenta la profesora.

Entre 2008 y 2009, ella y los caminantes empezaron a ubicar las pocas fincas que quedaban disponibles. Conversaban con los dueños. Les preguntaban en cuánto les dejarían la tierra. «La idea era que el Incoder, que se suponía debía ayudar al campesino a conseguir su tierra, las comprara y dividiera en parcelas para las

familias. Pero ellos hacían todo lo contrario. No quise seguir, me di cuenta de que era un riesgo para mi vida y la de mis compañeros», relata la profesora sobre el polémico Instituto Colombiano de Desarrollo Rural (Incoder), que fue liquidado en 2016 por corrupción.

Por fortuna, alguien decidió vender su tierra y Luz Nellis y sus compañeros se fueron directamente a donde Pedro Nel Luna, el director de la fundación que los había ayudado a gestionar la compra del terreno para Paso El Medio. Volvió a funcionar. Hoy, además de maíz y ñame, tienen cuatro vacas y algo de apicultura. La caminata es larga, son 4.5 kilómetros en loma.

«Parece que todo esto hubiera sido una estrategia para sacar al campesinado colombiano de sus tierras y así sembrar palma», dice Eider Vega, de 24 años, representante de la Junta de Acción Comunal, quien sueña con liderar y con estudiar gastronomía.

Luz Nellis quiere que cuando ya no esté, jóvenes como Eider o Adriani Ramírez, que ella formó en el viejo colegio Santa Fe de Icoatea, asuman la batuta. «Eider y Adriani han tenido una forma de llevar esta situación que me llena de orgullo. Mis pelaítos salen al resto del país a expresar qué es su comunidad. Han aprendido mucho. En esa época yo hablaba bastante de mi comunidad y venía gente de organizaciones, pero estos niños no hablaban, salían corriendo y se montaban en los árboles, de la desconfianza», recuerda Luz Nellis.

Ambos jóvenes hablan de sus temores. «Nos da miedo que nos tiren más palma encima», dice Eider, sentado bajo la enramada donde Luis Alberto corta la carne de cerdo, en el límite de un terreno sembrado con palma. «Nos da miedo volver a sufrir la violencia de antes; hemos vuelto a escuchar que hay grupos», comentaba previamente Adriani, auxiliar de la profesora Luz Nellis en el colegio, en uno de los salones de clase de Santa Fe de Icoatea.

En la estufa de leña de la casa Torres Vega, las orejas de un marrano se están preparando en sopa. Justo debajo, varios cerditos duermen plácidamente. El sol brilla. La tierra prometida ya está aquí, pero hay que seguir luchando. La comunidad está unida. Y la maestra, como madre que es, la sigue arropando.



Luz Nellis Camacho Berrío, rodeada por estudiantes del colegio Santa Fe de Icotea. La pandemia, dice, fue de los momentos más duros que ha vivido como maestra: «Fue un trauma. Me enfermé. Es que Santa Fe de Icotea es mi felicidad».

Foto de Paola Villamarín.





Premio Simón Bolívar 2016

Santiago Wills Pedraza*

Publicado en Vice

28 de febrero de 2016

*Escritor, periodista y filósofo, magíster en Escritura Creativa en Español. Ha publicado crónicas, perfiles y artículos en medios como *Gatopardo*, *Etiqueta Negra*, *El Espectador*, *El Malpensante*, *Arcadia* y *The Atlantic*. Ha sido seleccionado en dos ocasiones para el Premio Gabo y ha sido finalista del True Story Award (2020/2021).

El barquero y los escombros

*«Un alma sin cuerpo es tan inhumana y atroz
como un cuerpo sin alma».*

—Thomas Mann, La montaña mágica.

*La escombrera cubre alrededor
de 70 hectáreas en las laderas de
la Comuna 13 de Medellín. Según
versiones de exparamilitares, en ese
lugar hay entre 150 y 300 cuerpos
enterrados.*



Una cruz de palo descansa sobre los desechos que cubren el polígono 1 de La Escombrera. Para diciembre, más de un centenar de familiares de desaparecidos esperaba el resultado final de las labores de John Fredy Ramírez.

Foto de Juan David Duque.

Una mañana soleada de agosto de 2015, en Medellín, el antropólogo forense John Fredy Ramírez dio inicio a la excavación de la fosa común urbana más grande del mundo. Oculto tras un par de lentes oscuros y un casco de construcción blanco, el hombre encargado de hallar el centenar de desaparecidos de La Escombrera, un botadero de desechos y materiales de construcción en la Comuna 13, hizo una seña al operador de una retroexcavadora cercana. A pocos metros de distancia, decenas de periodistas, familiares de víctimas, abogados y representantes del Gobierno observaban con atención. La pala de la máquina se elevó amenazante, como la garra de un gato a punto de atacar, y descendió con un gruñido para rasgar el suelo arcilloso de la montaña. A pesar de no ser religioso, John Fredy Ramírez respiró profundo y se dio la bendición.

Tras ocho años en la Fiscalía, John Fredy Ramírez había desenterrado cerca de 400 cadáveres en más de cien municipios de Colombia, casi el diez por ciento del territorio nacional. En esos años exhumó niños masacrados con tiros de gracia, mujeres violadas y asesinadas con machetes, fosas comunes compuestas por cuerpos desmembrados, e incluso dos ancianos ejecutados a sangre fría mientras se abrazaban en el que sería su entierro. Creía estar acostumbrado a ese tipo de escenas. De hecho, nunca había tenido pesadillas relacionadas con su trabajo. La muerte y la descomposición hacían parte de su día a día. Quizás por eso se sorprendió ante su reacción frente a La Escombrera. Se sentía nervioso y últimamente tenía problemas para conciliar el sueño. No era el insomnio tradicional que a veces le aquejaba y que lo obligaba a prender un radio de pilas en su mesa de noche para escuchar *jazz* y *blues* hasta el amanecer (creía que las ondas de los electrodomésticos cerca de su cama alteraban sus patrones de sueño). Esto era diferente. Varias noches se levantó sin aire, cubierto por el sudor frío producto de una pesadilla recurrente. Se encontraba en el banquillo de los acusados en un juicio. Miembros de la prensa, víctimas y desconocidos escuchaban las evidencias de un caso cuyos detalles ignoraba y se aprestaban a sentenciarlo. Lo acosaban y se abalanzaban sobre su cuerpo, asfixiándolo

entre gritos y reclamos. El veredicto nunca llegaba, pero cada mañana despertaba con una sensación de culpa que persistía durante la vigilia.

Los familiares de por lo menos noventa y seis desaparecidos tenían puestas sus esperanzas en la excavación de esa mañana. Así lo negaran, lo más probable es que cada uno de ellos sintiera una mezcla de miedo y ansiedad ante la posibilidad de un hallazgo que finalmente resolviera el misterio del paradero de sus seres queridos. A John Fredy Ramírez le habría gustado compartir aquella ilusión. Conocía de primera mano ese sentimiento. Su propia prima era una de las decenas de miles de víctimas de desaparición forzada en Colombia, y la incertidumbre sobre su paradero lo carcomía. Un sinfín de interrogantes y de recriminaciones lo asaltaban al pensar en ella. «Cuando se te arranca alguien en la desaparición forzada no te lo arrancan físicamente —me dijo una mañana de septiembre—. Te arrancan un pedazo del alma». Y si algo había aprendido en su tiempo en la Fiscalía era que solo un objeto físico podía dar una respuesta definitiva a esas preguntas incesantes, la peor clase de tortura psicológica que podía imaginar. Los testimonios o las confesiones de los victimarios rara vez bastaban. Se necesitaba un cuerpo o una parte del mismo: un cráneo, un trozo de un fémur, una cadera destrozada, los fragmentos de cualquier hueso —solo ello podía entregar la certeza capaz de poner fin a décadas de desasosiego y sufrimiento—.

John Fredy Ramírez bajó la mirada y se concentró una vez más en el suelo desigual de La Escombrera. Desde hacía años, cada vez que encontraba los restos de una persona cuyo origen era más o menos conocido, visitaba a la familia del desaparecido. En sus hogares, les pedía a los parientes que prendieran una vela para que, en tanto se realizaba la identificación definitiva, la luz guiara a las almas de los difuntos hacia el hogar perdido. Una vez el ADN confirmaba la identidad del cuerpo, Ramírez los llamaba y les pedía que apagaran la vela para conmemorar el regreso a casa del ser querido. Había bautizado a su grupo en la Fiscalía con el nombre de Caronte, el barquero de la mitología

griega que conducía las almas de los muertos a través del Hades. «Nosotros hacemos el trabajo opuesto —me dijo—. Los sacamos de ese anonimato, del inframundo, y los llevamos a la familia».

El calor aumentaba con el paso de la mañana. Gotas de sudor humedecían la tez morena de John Fredy Ramírez. El llanto de algunas mujeres resonaba desde el campamento de víctimas, una carpa blanca elevada sobre un terraplén a cerca de 25 metros de la excavación. Al otro lado del valle, Ramírez creía poder distinguir el parque del barrio Manrique entre cuyos árboles solía jugar de niño. Quizás se equivocó al aceptar este trabajo. No había un solo precedente para esta clase de excavación, ningún ejemplo en toda la historia de la antropología forense como para copiar el procedimiento o aprender lecciones sobre cómo proceder. Las expectativas estaban desbordadas y la responsabilidad, sin importar lo que sucediera, recaería sobre sus hombros. A sus 47 años no necesitaba esa clase de presión.

No le gustaba admitirlo, pero en los últimos días había sentido temor: temor de defraudar a los familiares de las víctimas, temor del escrutinio mediático, temor de no encontrar nada. Sí, sobre todo eso: temor de revolver cada centímetro de ese inframundo que yacía bajo los escombros y no encontrar nada. Esa era la verdadera pesadilla.

La mañana del cinco de agosto de 2015, María Esperanza Gómez no pudo subir a La Escombrera. Ese día, como tantos otros, tuvo que cuidar a Ana María, su nieta de ocho años, la hija que su hijo desaparecido nunca llegó a conocer. No pudo subir, pero estuvo pendiente de las decenas de camionetas y carros que ascendían las sinuosas calles en dirección al barrio San Javier. Las veía pasar desde su pequeña casa de ladrillo y tejado de zinc en una loma del barrio Belencito Corazón, en la Comuna 13, una zona urbana en el occidente de la capital de Antioquia compuesta por una veintena de barrios populares históricamente asociados con la violencia. Mientras observaba su ascenso pensaba que quizás esta vez sí obtendría una respuesta sobre lo que le sucedió a su hijo, Yon Fredy Jaramillo, el 28 de diciembre de 2006.

La madrugada de ese día, Yon Fredy salió de la casa rumbo a su trabajo en una construcción en El Poblado, un exclusivo sector de Medellín. María Esperanza no recuerda haber notado nada particular. Yon Fredy desayunó y se despidió de Sandra, su mujer, quien entonces tenía siete meses de embarazo. María Esperanza lo vio cruzar el umbral de la puerta sin ninguna sensación, como lo dicta la rutina. No recuerda qué ropa llevaba puesta, aunque está casi segura de que vestía una camiseta negra y una gorra del mismo color. No lo recuerda y le duele no recordarlo. Pero ¿por qué habría de haberse fijado? ¿Cómo adivinar que nunca más lo volvería a ver? ¿Por qué pensar que iba a ser un día diferente a los demás?

Yon Fredy salió de su casa en Belencito Corazón, la casa que él ayudó a construir subiendo ladrillos cuando apenas era un adolescente, y nadie volvió a saber de él. No regresó y ni la Policía ni los hospitales ni los jueces pudieron dar noticias de su paradero. Tenía 24 años y en dos meses esperaba el nacimiento de su primera hija. Aún no habían pensado en un nombre, pero ya sabían que iba a ser una niña. Incluso hoy, María Esperanza no entiende por qué alguien habría querido hacerle algo a su hijo. Hasta donde sabe, hasta donde puede llegar a saber, no estaba involucrado en negocios turbios ni nada por el estilo. Tal vez lo confundieron con alguien más. Tal vez lo mataron por error y enterraron su cuerpo en La Escombrera con todos esos otros jóvenes y viejos sobre los que a menudo le hablaban sus vecinas. ¿Y si estuviera allí? ¿Y si fuera el primero en ser desenterrado? ¿Y si lo identificaran y todo el país se enterara de su historia? No podía evitar entusiasmarse ante la posibilidad.

Ocho años atrás, María Esperanza había descartado la idea de reencontrar con vida a su hijo. Desde una noche en 2007, estaba convencida de que Yon Fredy estaba muerto. Se enteró de ello a través de un sueño, luego de agotar todas las instancias oficiales, luego de llorar a diario durante meses, luego de estar a punto de enloquecer. Una noche antes de dormir, rogó a Dios y a su hijo, donde quiera que estuviera, que le enviaran una señal sobre lo sucedido: lo que fuera. Tras acostarse, sintió que alguien caminaba por su cuarto. En sueños, vio a su hijo vestido de blanco y

entonces comprendió que todo estaba perdido. Despertó entre lágrimas, pero con un cierto alivio que le permitió descansar un poco. Nunca volvió a soñar con él. Yon Fredy estaba muerto, o por lo menos prefería creer eso.

Bajo el barranco que a diario amenazaba con enterrar su casa, María Esperanza intentó distinguir los logos de las camionetas que veía por la ventana. Ansiaba recuperar el cuerpo de su hijo para poder enterrarlo y rezar una misa en su nombre. Quizás finalmente lo encontraría en La Escombrera, ese vertedero donde Yon Fredy y su hermano menor jugaban cuando eran niños. Por conversaciones con otras madres de desaparecidos y con abogados de organizaciones no gubernamentales, sabía que la Fiscalía iba a dirigir la excavación y que hoy asistiría la prensa nacional e internacional. Más tarde trataría de ver las imágenes en el noticiero del mediodía. Por ahora, los carros no paraban de subir. Debía haber más de cien personas en la loma. Algunas de sus amigas ya estaban allá, así que después les preguntaría cómo fue todo. Se sentía agitada, como si algo extraordinario estuviera a punto de suceder.

En la sala de su casa, su nieta se entretenía jugando, ajena a los acontecimientos del día. María Esperanza la miraba de vez en cuando. Desde hacía poco, a la niña le gustaba tomar pequeños papeles y dibujar o escribir mensajes en ellos. Luego los dejaba por ahí para que su abuela o su tía los encontraran. Meses más tarde, María Esperanza halló uno que fue incapaz de botar: «Yo no quería que mi papá se desapareciera», decía. «Te amo, papá».

En días despejados, La Escombrera, un área de alrededor de 70 hectáreas en las laderas de la Comuna 13, es quizás el mirador perfecto de Medellín. Una belleza inaudita enmarca la zona. Halcones peregrinos se posan en los cables de la luz mientras al fondo la capital de Antioquia se extiende en el Valle del Aburrá como un animal dormido. Bosques de pinos resguardan cumbres cercanas y sauces solitarios bordean los caminos serpenteantes que en últimas comunican la ciudad con los corredores del Urabá antioqueño. Sus cuestas permiten no solo observar la totalidad

de Medellín, sino también controlar los accesos montañosos de su costado occidental. En ese sentido, no sorprende que la historia de La Escombrera esté íntimamente ligada a la guerrilla y los paramilitares en la ciudad.

La genealogía de esta fosa común se inicia a finales de los noventa con Carlos Castaño. En 1998, el comandante en jefe de las Autodefensas Unidas de Colombia ordenó a Diego Fernando Murillo, alias Don Berna, crear un frente urbano para contrarrestar la creciente presencia de las FARC, el ELN y los Comandos Armados del Pueblo en los barrios periféricos de Medellín. *Don Berna*, para ese entonces uno de los lugartenientes de mayor confianza de Castaño, encarnaba desde esa época la movilidad social en el mundo criminal colombiano. Nacido en Tuluá, se inició con poco más de veinte años en la guerrilla del EPL. De ahí pasó al Cartel de Medellín, donde trabajó para la familia Galeano, y posteriormente para los PEPES (Perseguidos por Pablo Escobar), el grupo paramilitar liderado por los hermanos Castaño y en parte financiado por el Cartel de Cali. Tras la muerte de Pablo Escobar, *Don Berna* poco a poco agrupó los combos y las bandas de sicarios de Medellín bajo una nueva organización delincuencial conocida como la Oficina de Envigado. Para finales de la década de 1990, era uno de los hombres de mayor poder en el mundo criminal de Medellín; el hombre ideal, a ojos de Castaño, para comandar la ofensiva de las AUC en la ciudad.

A partir de 1998, el Bloque Cacique Nutibara, comandado por *Don Berna*, lideró los principales frentes contra los grupos guerrilleros en las periferias de la capital de Antioquia. Para 2002, los hombres de *Don Berna* ya habían expulsado o asesinado a la mayoría de los milicianos de Medellín. El foco de la resistencia guerrillera solo sobrevivía en la Comuna 13. Allí, los insurgentes mantenían un férreo control apostando francotiradores en los barrios, prohibiendo la entrada a desconocidos, imponiendo toques de queda y matando a cualquier persona sospechosa de colaborar con la Fuerza Pública o con las autodefensas.

Las milicias subversivas de la Comuna 13 finalmente fueron exterminadas a finales de 2002 luego de varias operaciones

militares con nombres como Otoño, Primavera, Contrafuego, Metro, Antorcha, Violeta, Mariscal y Orión. Esta última, llevada a cabo entre el 16 y el 19 de octubre por orden directa del presidente Álvaro Uribe Vélez, contó con la participación de más de setecientos efectivos del Ejército y la Policía. Como afirmaría en 2013 la Sala de Justicia y Paz del Tribunal Superior de Medellín, la operación se caracterizó por un uso excesivo de la fuerza y, más grave aún, por el rol activo que desempeñaron varios miembros del Bloque Cacique Nutibara. Aún hoy, habitantes de la Comuna 13 como María Esperanza Gómez recuerdan vivamente los días y noches de Orión. Muchos se escondieron bajo colchones para evitar el impacto de balas de soldados, guerrilleros y paramilitares. Otros recuerdan a hombres de camuflado sin distintivos del Ejército dando órdenes a policías y soldados. En calles y callejones, miembros de la fuerza pública detenían a los jóvenes de la comuna y los grababan con cámaras de video en interrogatorios improvisados. Tanques bloqueaban las entradas de los barrios y un helicóptero sobrevolaba La Escombrera, disparando contra blancos ocultos en casas y trincheras. Tras casi cien horas, las autoridades reportaron la muerte de tres civiles, diez guerrilleros, un policía y dos soldados. Se realizaron ciento cincuenta allanamientos y se capturaron 355 personas, de las cuales solo nueve fueron condenadas varios años después. El Gobierno declaró la operación un éxito.

Orión marcó un punto de quiebre en la historia de Medellín. La incursión de la fuerza pública abrió las puertas a las auto-defensas. El Bloque Cacique Nutibara tomó el control de la Comuna 13 y cerró el cerco que mantenía desde hacía años sobre la capital de Antioquia. Con ello, las desapariciones se volvieron la regla. «Después de Orión, bajaron los homicidios y bajaron las detenciones arbitrarias —me dijo Adriana Arboleda, abogada de la Corporación Jurídica Libertad, una ONG de Medellín—, pero subieron el desplazamiento y las desapariciones forzadas». Según datos de la Fiscalía, entre 2002 y 2006 desaparecieron por lo menos 138 personas en la comuna, más de once veces el número registrado entre 1998 y 2001.

Años más tarde, miembros del Cacique Nutibara explicaron en las salas de Justicia y Paz, el marco jurídico que permitió la desmovilización de los paramilitares en 2006, que la orden de desaparecer los cuerpos de sus víctimas venía directamente de sus comandantes, quienes querían evitar llamar la atención de las autoridades dejando tras de sí centenares de cadáveres. Los métodos de desaparición variaban en cada célula del grupo. Juan Carlos Villa Saldarriaga, conocido por el alias de *Móvil 8*, antiguo comandante de un grupo de choque, afirmó que sus hombres dieron con la posibilidad de utilizar La Escombrera casi por casualidad. En el día, varias empresas prestaban el servicio de remoción de escombros en la zona. Viendo cuán rentable era el negocio, el Bloque Cacique Nutibara decidió hacer lo propio en la noche. Luego del cierre del lugar a las seis de la tarde, *Móvil 8* ofrecía precios preferenciales a los volqueteros que subieran al lugar a botar los desechos de la construcción. Fue entonces cuando se les ocurrió enterrar sus muertos en La Escombrera. Subían los cadáveres en las volquetas y, aprovechando la maquinaria en el sitio, cavaban hoyos para arrojar los cuerpos. Según la Fiscalía, para el momento de su desmovilización en noviembre de 2003, los miembros del Bloque Cacique Nutibara participaron en 390 desapariciones forzadas de personas de dentro y fuera de la Comuna 13. La práctica, heredada por grupos paramilitares como el Bloque Héroes de Granada, continuó hasta por lo menos 2006.

No es claro cuántos cuerpos fueron inhumados en La Escombrera. Las cifras varían según los testimonios de diferentes paramilitares. Jorge Enrique Aguilar Rodríguez, alias Aguilar, habló de trescientos, mientras que *Móvil 8* mencionó alrededor de una centena. Sea cual sea el número, lo cierto es que con el tiempo La Escombrera adoptó una importancia cada vez mayor a los ojos de las víctimas y la justicia. Desde por lo menos 2004, las autoridades recibieron denuncias sobre posibles entierros en el lugar y, ya para 2007, ONG como la Corporación Jurídica Libertad organizaron campañas específicas para llamar la atención sobre los desaparecidos que podrían hallarse en la zona. En los años siguientes, los testimonios recogidos en Justicia y Paz ratificaron las denuncias iniciales y se encontraron 15 cuerpos,

muchos de ellos exhumados. «La Escombrera es el símbolo de la desaparición forzada», me dijo Rubén Darío Pinilla, magistrado de la Sala de Justicia y Paz del Tribunal Superior de Medellín, el responsable de la orden judicial a finales de 2013 que exigió el inicio inmediato de las excavaciones de La Escombrera.

Bajo el sol de un mediodía de septiembre, John Fredy Ramírez corrió a través de un terraplén en La Escombrera persiguiendo a Bones, un pequeño pastor belga de tres meses y medio de edad al que quería entrenar en la búsqueda de cadáveres. Un chaleco reflectivo naranja cubría su uniforme negro del Cuerpo Técnico de Investigación de la Fiscalía. Llevaba el mismo casco de construcción blanco y las mismas gafas oscuras que utilizó el primer día de la excavación. Una pulsera de cráneos asomaba bajo la manga de su brazo derecho. Ya no tenía pesadillas, me dijo mientras almorzábamos, pero de cualquier manera seguía intranquilo. Había presión por todas partes. Todos deseaban que hallara algo y que lo hiciera pronto. Incluso su propio inconsciente parecía haberse sumado a las fuentes de tensión. «Ahora que lo pienso, en ocasiones me pasa que imagino a la gente muerta —me dijo—. O a veces veo a otras personas con el rostro de un desaparecido».

Caminamos hasta la entrada de un contenedor que servía como oficina al equipo de veintitrés forenses, técnicos, ingenieros de suelo, obreros y volqueteros a su cargo. A pocos pasos, Ramírez me enseñó una pequeña simulación de fosa creada especialmente para los trabajadores de La Escombrera. En un escenario tradicional, me explicó, lo primero que se debe hacer es analizar los cambios del terreno y sus usos actuales. Luego se divide la zona en franjas o cuadrículas para «quitarle la piel a la tierra» y revelar el tono y la forma original del suelo, para así buscar hundimientos, depresiones, montículos, aplanamientos, cambios de color o cualquier rastro de intervención humana. Los hundimientos son quizás el indicio más común de la presencia de un cuerpo. Al cavar un hoyo para enterrar una persona se extrae un volumen comprimido de tierra del suelo. Una vez se depositan los restos, es imposible retornar toda la tierra sacada, pues, por un lado, el

muerto ocupa parte de ese espacio y, por otro, la tierra que se devuelve ya no está compactada. Debido a lo anterior, la fosa recibe más agua que los alrededores, lo que causa un hundimiento y un cambio de tono en la superficie (entre más agua recibe, la tierra se torna más oscura, tal y como sucede cuando se riega una materia). Una vez se han identificado estos rastros, se hace un pozo de sondeo, cuyo contenido examina el antropólogo. En caso de que haya evidencias como huesos, ropa, relojes, crucifijos, aretes, anillos, bandas u otros objetos personales, se amplía el área de recuperación hasta dar con los restos buscados.

Deberían esperar por lo menos tres o cuatro meses para poder llegar a hacer algo similar en La Escombrera, me dijo Ramírez. Aún no encontraban nada y lo más probable es que si había buenas noticias llegarían en los primeros días de diciembre. Durante por lo menos seis años, las empresas que explotaban el área continuaron lanzando escombros sobre las 70 hectáreas que componían el terreno, casi noventa veces el campo de fútbol del estadio Atanasio Girardot. Debido a esto, desde 2002, la altura de la tierra en ciertos lugares había ascendido entre 20 y 70 metros, algo así como si se hubiera elevado un edificio de entre siete y veintitrés pisos sobre todas las tumbas. En ese tiempo, un número indeterminado de volquetas depositó más de tres millones de metros cúbicos de desechos. El peso total de dicha carga podría rondar los cuatro millones de toneladas, once veces el peso del Empire State en Nueva York. Eventualmente, sería necesario remover al menos una tercera parte de todo aquello para llegar a la altura donde, se presume, están los entierros.

En abril de 2010, *Móvil 8* recorrió el área con investigadores de la Fiscalía y señaló cerca de 15 hectáreas donde creía recordar el entierro de los desaparecidos. De acuerdo con el exparamilitar, nunca enterraron varios cuerpos en una misma fosa, así que lo más probable es que los muertos se encontraran desperdigados en hoyos carentes de orden a lo largo y ancho de la montaña. Los paramilitares, dada su propensión a descuartizar los cuerpos, solían hacer huecos pequeños de alrededor de 50 centímetros de diámetro y 1.2 metros de profundidad. La guerrilla, en cambio, enterraba los muertos en hoyos poco profundos de aproxima-

damente 1,5 metros de diámetro. En este caso, nadie estaba del todo seguro acerca de qué tipo de entierro se encontraría. Tras varios estudios previos, el área delimitada por los paramilitares se dividió en polígonos. La excavación empezaría en el polígono 1, una extensión de 3700 metros cuadrados, medio campo de fútbol, donde en teoría reposaban entre quince y veinticinco cuerpos. Sobre ellos yacía un terreno desigual posiblemente lleno de burbujas de aire que imposibilitaban una excavación directa. Tendrían que realizar taludes para, bajando y cortando, alcanzar y estabilizar la zona de búsqueda. Si todo salía bien, llegarían allí tal vez en noviembre o diciembre, me dijo John Fredy Ramírez. Luego, con suerte, le quitarían la piel a la tierra, buscarían hundimientos, cambios de color o cualquier rastro de intervención humana en el suelo, y hallarían un cuerpo. «Es como buscar una aguja en un pajar», dijo Jorge Mejía, un asesor de la Alcaldía de Medellín. La frase era algo trillada, pero en últimas tenía razón. Las posibilidades de éxito eran mínimas. Ramírez se daría por bien servido con encontrar un solo cuerpo.

John Fredy Ramírez tenía ocho años cuando vio su primer muerto. Estaba sentado con un amigo en la entrada de su casa en el barrio Manrique Central, en Medellín, cuando avistó dos hombres que intentaban interceptar a un joven al que llamaban Pantera. Movidos por la curiosidad, los dos niños corrieron tras los perseguidores. Media cuadra más adelante, los hombres detuvieron a Pantera y le dieron dos tiros a quemarropa en la parte de atrás del cráneo. Huyeron de inmediato, sin reparar en los dos niños que observaban aturridos los últimos momentos de vida de otro hombre.

Séptimo y último hijo de un cerrajero y un ama de casa, Ramírez ha perseguido la muerte la mayor parte de su vida. En su infancia disfrutaba los velorios de desconocidos. Visitaba funerarias en las cercanías de su casa en los linderos de las comunas 3 y 4 en Medellín, atraído por el olor de los químicos y por las expresiones en los rostros de los fallecidos: reposo, descanso, espanto, tal vez rabia. En la Universidad de Antioquia, de la cual se graduó

de Antropología en el año 2000, prefería medir el tamaño de los huesos de excavaciones arqueológicas en las entrañas de un museo a aventurar hipótesis sobre el propósito de las costumbres de una determinada población. Viajaba a México cada uno o dos años para participar en coloquios sobre temas como las cirugías laparoscópicas de momias, el análisis del ADN mitocondrial de esqueletos de Yucatán o cómo distinguir marcas de tortura en huesos. En Medellín, Ramírez se encerraba en laboratorios para identificar personas a partir de sus restos óseos, visitaba el Cementerio Universal para exhumar cadáveres no identificados, y leía sobre los insectos que llegaban en horas precisas a devorar los muertos, como si fueran los puntuales clientes de un costoso y popular restaurante.

La violencia también se ha ensañado con él. Antes del auge del paramilitarismo a principios de la década del 2000, John Fredy Ramírez solía ir dos veces al año a Urrao, Antioquia, para visitar a su tío paterno y a su prima Viviana, una hermosa niña de enormes ojos oscuros y largo cabello negro. Durante sus visitas, jugaba en el río con su prima y, algunas noches, a la luz de un fuego cercano, le contaba historias sobre duendes, brujas y un hada luminosa que enterraba a sus víctimas bajo las aguas. Por cuestiones de seguridad, me dijo, dejó de ir varios años a Urrao, y cuando finalmente volvió, Viviana había desaparecido. Un grupo paramilitar detuvo el bus en que viajaba hacia Medellín en 2001. El comandante se obsesionó con ella. La tocó y la acosó, y Viviana respondió con gritos y golpes. Por eso se la llevaron. O quizás fue por alguna otra tontería. En Colombia la muerte nunca ha reclamado razones de peso.

En 2007, poco tiempo después de entrar a la Fiscalía, Ramírez contó el caso de Viviana en una diligencia judicial no muy lejos de Urrao. No estaba seguro de por qué lo hizo. Ni siquiera mencionó que Viviana era su prima. De cualquier modo, cuando se disponía a partir en su camioneta, un hombre se le acercó y le dijo que él sabía qué había sucedido con esa mujer. Describió a Viviana y sus pertenencias. Luego contó que el comandante paramilitar la había asesinado. La enterraron en las cercanías de la carretera, pero después se dio la orden de desenterrar el cuerpo y desaparecerlo.

Él fue el encargado de hacerlo. La metió en una bolsa y la lanzó al río Cauca. «¿Dónde queda mi derecho a llorar un muerto con la desaparición forzada? —me preguntó Ramírez en La Escombrera— ¿Cómo llorar la ausencia sin haber tenido presente el cuerpo? Materia es materia. Que después se desintegre, se vuelva polvo, eso no importa. Porque con el cuerpo viste algo. Y así tuviste el derecho de llorar a tu muerto». Ramírez pensó en contarle a aquel hombre que el cadáver en esa bolsa era su prima menor. Al final, no dijo nada. El silencio caracteriza estas historias, sucedan en Urrao o en la Comuna 13.

¿Cómo seguir viviendo después de la desaparición de un hijo? María Esperanza Gómez se hacía esa pregunta a diario. ¿Cómo continuar sin saber qué sucedió ese día, sin saber qué ha sucedido desde entonces? Sandra, la mujer de Yon Fredy, finalmente logró seguir adelante en 2015. Un día vino de visita y le contó a María Esperanza que había conocido a otro hombre, que estaba pensando en irse a vivir con él y formar una nueva familia. María Esperanza se puso feliz. Si era un hombre bueno, le dijo, entonces todo iba a ser más fácil para ella y para Ana María, su nieta. Sandra esperó a Yon Fredy casi nueve años. No tenía sentido que siguiera esperando, María Esperanza lo sabía. Sandra era joven y debía tratar de ser feliz, de hacer todo lo posible por seguir viviendo. Quizá podría salir adelante con la ayuda de su nueva pareja. Dejaría de trabajar en las cafeterías del centro de la ciudad o en los supermercados y le daría a Ana María todo aquello que no podía darle como madre soltera. María Esperanza, en cambio, no podía darse el lujo de borrar y empezar de nuevo. Desde hacía años sabía que no podría descansar hasta saber qué le pasó a su hijo, hasta saber dónde estaba, dónde había estado, qué le hicieron. «Solo una mamá sufre y entiende el dolor de un hijo», me dijo una tarde. No dejaría de pensar en él. No podía.

Al llegar noviembre, María Esperanza ya había subido varias veces al campamento de víctimas en La Escombrera, la carpa donde se reunían a diario los familiares de los desaparecidos como parte de un proceso de veeduría negociado con la Fiscalía.

En cada ocasión, subía contrariada, ansiosa ante la posibilidad de noticias. A diario, el antropólogo forense de la Fiscalía les entregaba informes sobre lo hecho hasta el momento. Por ahora no habían encontrado nada y la ausencia de hallazgos era una decepción constante. Pero el campamento de víctimas no solo se trataba de eso. María Esperanza hizo nuevas amigas y participó en varias de las actividades de ayuda psicosocial que les brindaban las organizaciones no gubernamentales y la Alcaldía de Medellín. En los primeros días, plantó una buganvilia rosa en honor a su hijo, y desde entonces la cuidó con esmero, regándola y hablándole de vez en cuando. También escribió el nombre de Yon Fredy en una silueta negra en forma de persona de poco más de un metro de alto que se erguía sobre el borde del terraplén donde se encontraba el campamento. Cada vez que llegaba de visita, la abrazaba y le daba un beso, como si se tratara de su hijo en carne y hueso.

Era inevitable recordarlo a diario. Yon Fredy, su hijo mayor, fue el único que estuvo a su lado desde el momento en que la guerrilla asesinó a su esposo en Farallones del Citará, su pueblo natal. Entonces un niño, Yon Fredy la acompañó en la travesía hasta Medellín luego de que las FARC los obligara a desplazarse. Juntos durmieron durante meses en el parque Cristo Rey hasta que María Esperanza consiguió trabajo en un restaurante donde la dueña en ocasiones le regalaba las sobras del día. Afortunadamente, el niño no presenció la violación, pero sí la pudo apoyar durante su embarazo en las calles. Ya en la escuela, Yon Fredy se ganó el cariño de una profesora que la contrató como empleada del servicio y que luego le prestó el dinero para comprar el lote y el material de construcción con el que hizo su casa en Belencito Corazón.

¿Y si no lo hallaban en La Escombrera? ¿Y si no hallaban ni un solo desaparecido al final de todo? Parte de la ayuda psicosocial intentaba prepararlas para ello, pero de igual modo sentiría el golpe. La excavación le había dado esperanzas, y no las perdería hasta que el antropólogo forense, cuyo nombre olvidaba, excavara y analizara cada milímetro de la montaña. Si no encontraban nada en el polígono 1, pues que siguieran con los otros sin importar los costos. Después de todo, nadie le había pagado un peso por lo que sucedió con su hijo, por los casi nueve años que llevaba

esperándolo, por los veinte o treinta más que seguiría esperándolo. Porque no había otra solución. La única manera de exorcizar su fantasma sería viendo y tocando lo que quedara de Yon Fredy.

Entre tanto, lo seguiría viendo todos los días en su casa. Lo vería sentado en el comedor de vidrio donde tomaba agua de panela y comía mazamorra, su plato favorito. Lo vería en el que era su cuarto junto al equipo de sonido que le compró de regalo para su cumpleaños dieciocho, el mismo en el que escuchaba esas canciones en inglés que él llamaba clásicos. Lo vería en la sala donde cada 31 de diciembre la alzaba en brazos apenas llegaba a la casa. La ropa ya la había regalado, pero no tenía la fuerza para botar su cepillo de dientes, su toalla, y su pañoleta negra y roja de cuando prestó servicio militar. Necesitaba saber qué le había sucedido. Necesitaba ver su cuerpo, lo que quedara de él. No había otra manera de seguir viviendo.

Conforme se acercaba el fin de su labor, John Fredy Ramírez nuevamente tuvo problemas para dormir. Soñaba con los cuerpos enterrados bajo los escombros, con los rostros de los desaparecidos que los familiares de las víctimas llevaban estampados en fotos y camisetas en La Escombrera, y con días eternos de trabajos sin resultados. La noche del 15 de diciembre pasado, el día antes del cierre oficial de las excavaciones, ya no pudo pegar el ojo. Las organizaciones de víctimas habían preparado un evento al día siguiente para conmemorar el final de la búsqueda en el polígono 1, y la Fiscalía había organizado una rueda de prensa para dar a conocer al público los resultados de sus esfuerzos. Sepultado en su cama, el antropólogo forense pasó la noche en vela, intentando adivinar y responder en su cabeza a las preguntas que tendría que contestar dentro de un par de horas. Una persona de alto rango de la Fiscalía se encargaría de coordinar la rueda de prensa, pero él debía responder por las cuestiones técnicas. Él debía responder por los resultados.

Pasadas las once de la mañana, John Fredy Ramírez, mucho más flaco que hacía un par de meses, se instaló para la rueda de prensa bajo una carpa blanca en medio del polígono 1. Bones,

mucho más grande que hacía un par de meses, se acostó a sus pies. Las marcas de la garra de la retroexcavadora adornaban las paredes de tierra blanca, amarilla y roja que formaban el área cuya exploración supervisó durante más de cuatro meses. Los cortes diagonales de la máquina formaron tres enormes terrazas de diferentes alturas alrededor del centro. Vistas desde el campamento de víctimas, estas descendían de manera uniforme, como las tribunas de un estadio. En total, su equipo removió y analizó alrededor de 26.500 metros cúbicos de tierra y desechos. El peso de dicho volumen tal vez rondaba las 40.000 toneladas, el peso de un portaviones de 260 metros de largo. Descendieron casi 15 metros por medio de taludes hasta llegar al suelo donde entre 2002 y 2006 los paramilitares habían desaparecido un centenar de cuerpos. Y lo hicieron en poco más de cuatro meses. John Fredy Ramírez se sentía satisfecho con su trabajo, pero no por eso dejaba de sentirse acongojado. En poco más de cuatro meses, no hallaron un solo cuerpo.

Una treintena de periodistas de prensa, radio y televisión formaba un tribunal frente a sus ojos. El sol calentaba con cada vez más fuerza la tierra arcillosa de La Escombrera. Hacía apenas una hora había participado en una homilía con los familiares de los desaparecidos. Ya conocía prácticamente a todas las mujeres que día a día subían al campamento de víctimas. Muchas veces se detuvo a charlar con ellas tras explicarles lo realizado en el día. En ocasiones, ellas le ofrecieron agua, una gaseosa, un sánduche, natilla. Conocía gran parte de sus historias y, en gran medida, eso era lo que hacía que su trabajo, a pesar de haber hecho todo lo posible, tuviera un aire de fracaso. Después de todo, para todas ellas las preguntas seguían flotando en el aire. Luego de más de cuatro meses, el análisis de centenares de volquetas llenas de escombros y una inversión de mil cien millones de pesos no había una sola respuesta. Si acaso, más preguntas.

Tras la homilía en el centro del polígono 1, María Esperanza Gómez, vestida con una camisa azul oscura sin mangas, una blusa lila translúcida, *jeans* nuevos con manchas incoloras y un par de sandalias negras con brillantes que dejaban ver sus uñas recién pintadas de blanco, saludó al antropólogo forense que

llevaba el mismo nombre de su hijo. Lo notó algo compungido, a pesar de que nada de esto era su culpa. No recuerda si se lo dijo, pero eso era lo que pensaba. Se despidió de él, buscó a sus compañeras y subió con paso lento hacia el campamento de víctimas, pues les habían dicho que la Fiscalía estaría con los medios de comunicación durante la próxima hora. Más tarde, disfrutarían de un show musical y de una ceremonia de sanación con un extraño doctor que hablaba sobre la energía del agua de un japonés y cómo eso las ayudaría a seguir adelante con sus vidas, o algo por el estilo. En el camino, María Esperanza se detuvo frente a la silueta negra que representaba a su hijo y la abrazó con fuerza. Su buganvilia rosa, ya grande y florecida, era la más hermosa de todas las plantas, se dijo.

La rueda de prensa, a cargo de Caterina Heyck, directora de Articulación de Fiscalías Nacionales Especializadas, transcurrió bajo un sopor latente exacerbado por el creciente calor de la mañana. Parado detrás de Heyck con las manos entrelazadas sosteniendo la correa de Bones y la vista en el piso, John Fredy Ramírez parecía un alumno molesto aguardando el momento de pasar a la oficina del rector. Parecía no prestar mucha atención a las palabras de Heyck, quien se esforzaba por pintar como un triunfo lo que la prensa sin duda cubriría con desgano.

¿Qué hacer ahora?, se preguntaba John Fredy Ramírez. La Alcaldía de Medellín ya había separado otros setecientos millones para continuar con las excavaciones en los demás polígonos, pero lo cierto era que no había garantías de hallazgos en ninguna de las otras áreas. Se necesitaba una investigación realmente exhaustiva para poder determinar con un mayor grado de certeza los lugares donde posiblemente se encontraban los cuerpos. Esa era la única manera de reducir la incertidumbre y de incrementar las posibilidades de éxito. *Móvil 8* parecía haber estado seguro de lo dicho acerca del polígono 1, pero se requerían testimonios que corroboraran sus memorias. El problema era que no existían. La mayoría de señalamientos sobre los entierros de La Escombrera provenían de relatos de oídas. Los verdaderos victimarios, los paramilitares que asesinaron y enterraron a decenas y decenas de jóvenes bajo escombros, en su mayoría habían muerto o estaban

desaparecidos. Esa ironía macabra era el principal obstáculo para traer de vuelta a casa las almas de todos esos muertos.

Al concluir la rueda de prensa, John Fredy Ramírez haló a Bones y se alejó en silencio hacia el contenedor que le servía de oficina. Aún debía terminar el informe final sobre la excavación. Después de eso, se tomaría un par de días de descanso. No sabía si tendría que encargarse de los demás polígonos, pero no deseaba hacerlo. Que buscaran a alguien más fuerte, a alguien que resistiera mejor la presión, a alguien capaz de sobrellevar las expectativas de centenares de familiares que a diario revivían una y otra vez aquella última ocasión en que vieron a sus seres queridos. Un sinsabor acompañaría siempre su recuerdo de los últimos meses. Cumplió su misión y creció profesionalmente, pero en últimas ese no era el objetivo de su trabajo. A las víctimas no les bastaba con saber que se hizo un intento y que el trabajo se realizó de manera profesional. Un intento no aliviaba nada. Eso era cierto para este caso y para los miles que posiblemente enfrentaría una vez se firmara la paz con las FARC. «Colombia debe vomitar sus muertos», decía José Saramago en 2007. Se necesitaban esos miles de cuerpos.

Contrariado, John Fredy Ramírez marchó sobre el suelo desigual de La Escombrera. No muy lejos, sobre la tierra junto a la carpa blanca, un par de velas azules y amarillas ardían rodeadas de mariposas y polillas.





La Escombrera cubre alrededor de 70 hectáreas en las laderas de la Comuna 13 de Medellín. Según versiones de exparamilitares, en el lugar hay entre 150 y 300 cuerpos enterrados.

Foto de Juan David Duque.





Se terminó de imprimir en Divegráficas S. A. S. en julio de 2026.

La edición número 65 de la revista *Desde la Biblioteca*, producida por el ITM, reúne cinco crónicas ganadoras del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, como un reconocimiento a quienes, muchas veces en el anonimato, arriesgan su vida por contar historias que importan. También celebra los 50 años de un galardón que, desde 1975, respalda el ejercicio riguroso y valiente del periodismo en Colombia.

Estas crónicas son una pequeña muestra de que el periodismo es un servicio social, un valor de la democracia y el espejo de una sociedad; y como espejo, nos desafía a mirarnos y autoevaluarnos; y por eso, y mucho más, recomendamos leerlas.



Calle 75 n.º 75-101
Teléfono: 604 440 5100 Ext. 5197
Medellín, Colombia



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación